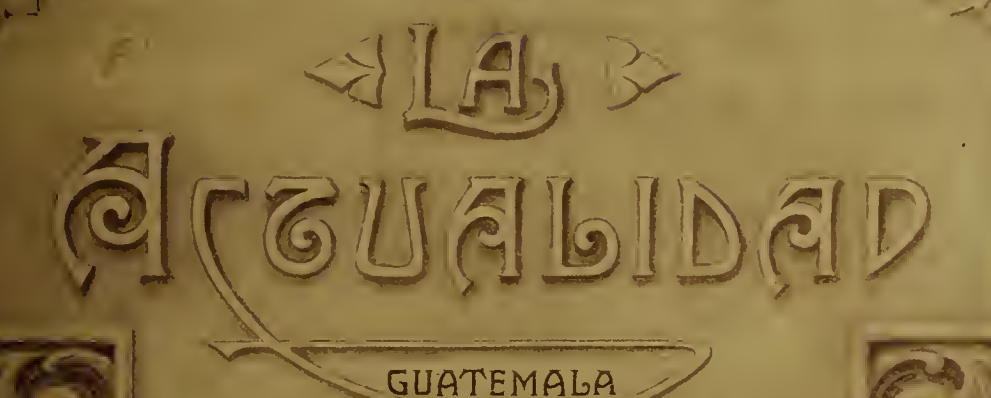
Número suelto ($5) CINCO PESOS. Suscripción mensual, $20



GUATEMALA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

MARROQUIN HNOS. EDITORES

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
„ „	Morán	8.05 „
„ „	Laguna	8.15 „
„ „	Amatitlán	8.38 „
„ „	Palin	9.03 „
„ „	San Fernando	9.35 „
„ „	Escuintla	10.15 „
„ „	Santa María	10.40 „
„ „	Obispo	11.16 „
„ „	Pantaleón	11.31 „
„ „	Santa Lucía	11.40 „
„ „	Buena Vista	12.05 p. m.
Llega a	Patulul	12.40 „
Sale de	„	1.10 „
„ „	Guatalón	1.35 „
„ „	Nahualate	2.00 „
„ „	Palo Gordo	2.20 „
„ „	Mazatenango	2.55 „
„ „	Cuyotenango	3.15 „
„ „	Muluá	3.33 „
„ „	San Sebastián	3.38 „
„ „	Retalhuleu	3.51 „
„ „	Las Cruces	4.16 „
„ „	San Miguelito	4.41 „
„ „	Santa Joaquina	5.06 „
„ „	Coatepeque	5.36 „
„ „	Pajapita	6.26 „
Llega a	Ayutla	7.00 „

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Ayutla	6.00 a. m.
„ „	Pajapita	6.30 „
„ „	Coatepeque	7.20 „
„ „	Santa Joaquina	7.45 „
„ „	San Miguelito	8.10 „
„ „	Las Cruces	8.35 „
„ „	Retalhuleu	9.05 „
„ „	San Sebastián	9.13 „
„ „	Muluá	9.23 „
„ „	Cuyotenango	9.38 „
„ „	Mazatenango	10.08 „
„ „	Palo Gordo	10.33 „
„ „	Nahualate	10.53 „
„ „	Guatalón	11.18 „
Llega a	Patulul	11.43 „
Sale de	„	12.10 p. m.
„ „	Buena Vista	12.45 „
„ „	Santa Lucía	1.10 „
„ „	Pantaleón	1.20 „
„ „	Obispo	1.37 „
„ „	Santa María	2.15 „
„ „	Escuintla	2.45 „
„ „	San Fernando	3.15 „
„ „	Palin	3.48 „
„ „	Amatitlán	4.13 „
„ „	Laguna	4.36 „
„ „	Morán	4.46 „
Llega a	Guatemala	5.45 „

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
Llega a	Escuintla	10.10 „
Sale de	„	1.40 p. m.
„ „	Santa María	2.15 „
„ „	Naranjo	2.41 „
„ „	Obero	3.05 „
Llega a	San José	3.30 „

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	San José	9.15 a. m.
„ „	Obero	9.45 „
„ „	Naranjo	10.10 „
„ „	Santa María	10.40 „
Llega a	Escuintla	11.10 „
Sale de	„	2.45 p. m.
Llega a	Guatemala	5.45 „

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.	2.00 p. m.
„ „	Morán	8.05 „	3.10 „
„ „	Laguna	8.15 „	3.30 „
„ „	Amatitlán	8.38 „	4.13 „
„ „	Palin	9.03 „	4.45 „
„ „	San Fernando	9.35 „	5.23 „
Llega a	Escuintla	10.10 „	5.55 „

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Escuintla	6.00 a. m.	2.45 p. m.
„ „	San Fernando	6.40 „	3.15 „
„ „	Palin	7.25 „	3.48 „
„ „	Amatitlán	8.10 „	4.13 „
„ „	Laguna	8.45 „	4.36 „
„ „	Morán	9.00 „	4.46 „
Llega a	Guatemala	10.20 „	5.45 „

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Antonio	6.00 a. m.
„ „	Palo Gordo	6.25 „
„ „	Mazatenango	7.10 „
„ „	Cuyotenango	7.32 „
„ „	Muluá	7.56 „
„ „	San Sebastián	8.03 „
Llega a	Retalhuleu	8.10 „

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Retalhuleu	2.30 p. m.
„ „	San Sebastián	2.38 „
„ „	Muluá	2.48 „
„ „	Cuyotenango	3.15 „
„ „	Mazatenango	4.05 „
„ „	Palo Gordo	4.30 „
Llega a	San Antonio	4.50 „

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Retalhuleu	8.20 a. m.
„ „	Las Cruces	8.51 „
„ „	Caballo Blanco	9.06 „
Llega a	Champerico	10.15 „

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Champerico	11.30 a. m.
„ „	Caballo Blanco	12.35 p. m.
„ „	Las Cruces	12.50 „
Llega a	Retalhuleu	1.25 „

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Felipe	7.00 a. m.	1.30 p. m.
„ „	Casa Blanca	7.12 „	1.42 „
„ „	San Andrés	7.25 „	1.55 „
Llega a	Muluá	7.50 „	2.20 „

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Muluá	9.30 a. m.	3.45 p. m.
„ „	San Andrés	10.00 „	4.15 „
„ „	Casa Blanca	10.20 „	4.35 „
Llega a	San Felipe	10.35 „	4.50 „

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ayutla	7.10 p. m.
Llega a	Ocós	7.50 „

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ocós	5.10 a. m.
Llega a	Ayutla	5.50 „

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de	Guatemala	7.00 a.m.
„ „	Fiscal	7.59 „
„ „	Agua Caliente	8.26 „
„ „	Sanarate	9.37 „
„ „	Estrada C.	10.02 „
„ „	Progreso	10.32 „
„ „	Rancho	11.02 „
„ „	Jícaro	11.25 „
„ „	Cabañas	11.47 „
„ „	Reforma	12.05 p.m.
Llega a	Zacapa	12.41 „
Sale de	Zacapa	1.06 „
„ „	Gualán	2.20 „
„ „	Santa Inés	3.10 „
„ „	Los Amates	3.30 „
„ „	Quiriguá	3.41 „
„ „	Montúfar	4.16 „
„ „	Virginia	4.33 „
„ „	Morales	5.01 „
„ „	Darmouth	5.17 „
„ „	Cayuga.	5.34 „
„ „	Tenedóres	5.51 „
Llega a	Puerto Barrios	6.40 „

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de	Puerto Barrios	6.40 a.m.
„ „	Tenedores	7.29 „
„ „	Cayuga	7.46 „
„ „	Darmouth	8.05 „
„ „	Morales	8.23 „
„ „	Virginia	8.50 „
„ „	Montúfar	9.06 „
„ „	Quiriguá	9.45 „
„ „	Los Amates	9.55 „
„ „	Santa Inés	10.14 „
„ „	Gualán	11.07 „
Llega a	Zacapa	12.16 p.m.
Sale de	Zacapa	12.41 „
„ „	Reforma	1.15 „
„ „	Cabañas	1.34 „
„ „	Jícaro	1.56 „
„ „	Rancho	2.25 „
„ „	Progreso	2.57 „
„ „	Estrada C.	3.27 „
„ „	Sanarate	3.54 „
„ „	Agua Caliente	5.05 „
„ „	Fiscal	5.37 „
Llega a	Guatemala	6.40 „

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale	Guatemala	Diario	7.05 a.m.
"	"	"	7.15 "
"	"	"	9.00 "
"	"	"	12.05 p.m.
"	"	"	2.00 "
"	"	"	4.00 "
"	"	"	5.55 "
Sale de	Estrada C.	Diario	7.22 a.m.
"	"	"	9.17 "
"	Pamplona	"	10.10 "
"	Estrada C.	"	1.35 p.m.
"	"	"	4.17 "
"	Pamplona	"	5.35 "
"	Estrada C.	"	6.12 "

DOMINGOS SOLAMENTE

Sale de	Guatemala	3.00 p.m.
"	"	5.00 "
Sale de	Estrada C.	3.17 p.m.
"	"	5.17 "

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes.

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General

"LA ACTUALIDAD"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 233. Guatemala, 8 de marzo de 1919. Año VI.




NOTAS EDITORIALES

COMENTANDO EL MENSAJE PRESIDENCIAL

El día primero del mes en curso se efectuó con toda solemnidad la apertura de la Asamblea Nacional Legislativa. En presencia del Cuerpo Diplomático y Consular, de los altos funcionarios del Estado y de connotadas personalidades políticas y sociales, el Señor Presidente Constitucional de la República dió lectura al Mensaje dirigido a la Representación Nacional, en el que da cuenta de las labores administrativas llevadas a cabo por el Ejecutivo durante los doce meses pasados Relatadas son en ese Mensaje con precisión de datos estadísticos y detallada y completa información, tales labores, efectuadas en los diversos ramos de la Administración.

Refiriéndose a la epidemia que azotó recientemente a Guatemala y de la que felizmente se ve ésta ya libre, gracias a la activa campaña llevada a cabo; y a otras enfermedades de carácter epidémico que ha sido preciso combatir en diversas regiones de la República, el Señor Presidente consagra en su Mensaje laudatorias frases para los médicos y practicantes que han coadyuvado eficazmente a la obra del saneamiento del país y dedica un especial y agradecido recuerdo hacia aquellos doctores que durante el año pasado sucumbieron luchando contra las epidemias, en los párrafos siguientes que **"La Actualidad"** tiene la honra de reproducir hoy:

"Fase muy importante de la labor administrativa en el ramo de Gobernación, es la que presenta la Beneficencia Pública que abraza muchos aspectos de la amplia misión de la caridad humana, y objeto de particular y solícito cuidado fué para el Ejecutivo atender lo que a tan importante dependencia se refiere.

Desafortunadamente en el año de que doy cuenta, el flagelo de enfermedades epidémicas abatió a la mayor parte del país, como lo he referido en otro sitio de este informe; pero ello como era lógico obligó a duplicar la acción oficial desplegando energías y proporcionanado elementos para combatir las enfermedades que tan duramente han atacado de manera simultánea.

La protección del Gobierno se hizo sentir en todas las poblaciones aún en las más apartadas, y se emprendió campaña formal contra el flagelo, con la buena voluntad, el valor y la abnegación de nuestros médicos y practicantes, provistos de cuanto nuestras posibilidades daban lugar.

Mas, desgraciadamente, como siempre sucede en estos casos, tenemos que lamentar la caída heroica en el combate librado, de nuestros facultativos doctores Celerino Guillén, José Antonio Villagrán, Domingo Rosales, Mauselio Domínguez, Director del Hospital de Quezaltenango y el Alcalde 1º de dicha oiudad; el doctor Alvin M. Strusse, Presidente del Cuerpo Superior de Salubridad y Jefe de la Oficina de Rockefeller, y por último, el doctor Ramón Solórzano, quienes fallecieron cumpliendo su humanitario cometido, dejando tras sí una aureola de bondad y un recuerdo de sincera gratitud en el pueblo que siempre habrá de admirarlos y bendecir sus nombres.

El Gobierno en esta ocasión **no se limitó a dar el pésame** a las familias de los doctores fallecidos, sino que, considerando las difíciles circunstancias en que

ellas quedaban, acordó que se les auxiliara pecuniariamente con sumas que pudieran satisfacer con amplitud las necesidades provenientes de su nueva situación por todos conceptos aflictiva; y tal providencia se ha cumplido con el beneplácito público."

ALREDEDOR DEL JUZGADO DE POLICIA Y ORNATO

Algunos, por falta de tiempo otros por no poseer espíritu de investigación, y los más por falta de conocimientos en los distintos ramos de la administración pública, inclusive algunos de los Señores que integran y han integrado la muy Honorable Municipalidad de esta capital, lo cual es bastante decir, no se han dado cuenta exacta de la incompatibilidad que existe entre lo que debe hacer y cumplir el Señor Juez de Policía y Ornato, según el reglamento respectivo, y lo que en efecto está obligado a llevar a cabo dada la exhaustes notoria y completa de elementos indispensables al fiel cumplimiento de su cometido.

Y conste que el cometido de un Juez de Policía y Ornato, o sea el Director Ejecutivo de la Municipalidad, si se propusiera cumplir su actuación, o se le impusiera satisfacer el inmenso reglamento que le rige, acabaria por romperse la cabeza, estrujarse las manos y deshacerse los pies para no llenar, finalmente, sino una pequeña parte de todas aquellas obligaciones tan ridículas e imposibles como le señala la ley del caso.

Diez son los artículos de que consta el citado reglamento, tan difíciles de cumplir, como los mismos diez mandamientos de la ley de Dios que, por más que se encierran en dos: los tres primeros que pertenecen al patriotismo y honor a la limpieza y los otros siete al servicio de la comunidad, no hay cabe de cumplirlos fielmente aunque la buena voluntad y mejor intención del actual Juez de Policía estén muy por encima de ciertas pequeñeces a las que no vamos a descender.

Pasaremos por alto lo que reza el artículo primero, pues como se refiere a la Policía Municipal y ésta no existe, apenas nos queda el derecho de señalar la necesidad de que se reorganice cuanto antes para que haya quien vele por el exacto cumplimiento de las leyes y acatamiento que merecen las disposiciones democráticas de la Municipalidad, tanto más oportuno, cuanto que en estos días el Supremo Gobierno tuvo a bien concederle varios arbitrios que suponemos dejarán amplio márgen para poder cumplir en algo su elevada misión en pro del abnegado vecindario capitolino.

Los artículos 2°, 3° y 4°. hablan de la eficacia de ciertas funciones municipales cuyo cumplimiento corresponde al Señor Juez de Policía, pero que en verdad no puede hacerlas efectivas por más que le sobre deseo, desde el momento que otras autoridades de inferior jerarquía que la que ocupa la Municipalidad, y sin que supiéramos a qué horas, se las han subrogado en perjuicio directo del vecindario y en menoscabo de una ley no derogada todavía.

El artículo 5° señala, con sobra de detalles, las obligaciones directas del Señor Juez de Policía y Ornato, y al efecto, asústense ustedes, le impone solamente lo siguiente: que recorra diariamente la población para enmendar en el acto las faltas o defectos que encuentre; que vigile se ejecuten con toda regularidad las obras públicas; que haga se cumplan estrictamente todos los contratos en los ramos de la Policía Urbana; que los deudores morosos paguen a la Tesorería de Propios; que dedique escrupulosa atención al aseo de la ciudad empleando los elementos de que disponga para hacerlo efectivo en las calles y lugares públicos; que repare y haga nuevos empedrados en las calles; que las mismas se sujeten a la alineación respectiva y que nadie construya sin previa autorización; que evite se coloquen dentro de poblado establecimientos insalubres o peligrosos; que impida aquellos juegos o espectáculos que no hayan sido debidamente autorizados; que no permita vaguen perros sin matrícula y sin bozal, tomando todas las precauciones correcpondientes a efecto de que no constituyan un peligro para los traunseuntes; que vea que los carruajes y toda clase de vehículos destinados al transporte estén en buen estado y no ofrezcan peligros para la circulación y que no se empléen animales que por sus condiciones escuálidas u otra causa sean

impropios para el caso; que se cerciore de la idoneidad de los conductores de esos vehículos; que cuide, inspeccione y vigile los tranvías; que ejerza activa inspección en cuanto atañe al régimen de la higiene y sanidad de la ciudad; que haga eficaces las disposiciones de la Inspección de Abastos a cuyo efecto se procurará el establecimiento de un laboratorio químico-municipal; que ejerza, por medio de las respectivas dependencias, activa vigilancia sobre los mercados y que extienda esa vigilancia a la exactitud de pesas y medidas, a las panaderías, ventas de carne, expendio de comestibles, etc., etc.

Y refiriéndonos al momento actual, nosotros nos permitimos preguntar a fuer de bien intencionados ¿cómo es posible que la oficina del Juzgado de Policía y Ornato vaya a cumplir ni siquiera una cuarta parte de sus obligaciones contando apenas con un Juez, un escribiente, dos inspectores y cinco peones? ¿Cabe pensar, por ventura, la posibilidad de llenar el reglamento que hemos esbozado sabiendo que el Juzgado de Policía y Ornato no cuenta ni siquiera con un azadón y mucho menos con aquellos elementos indispensables al aseo, a la higiene, a la pureza de los artículos de primera necesidad y tantas y tantas cosas como señala con punta de lanza la ley de esa dependencia? ¿Se habrá obrado con tino y prudencia al cambiar al Consejal encargado del ramo de Policía y Ornato, que era un Ingeniero, por otro que es Médico, cuando es público y notorio que esa oficina necesita a cada paso de los conocimientos técnicos de la Ingeniería?

No es nuestro propósito, ni mucho menos, censurar las disposiciones municipales; pero en cambio si queremos señalar los vicios e incompatibilidades que existen en ramo tan importante, seguramente el más importante después del de aguas, con el sano propósito de llevar nuestro grano de arena a la gran causa de la salubridad y ornato de la capital.

La Honorable Corporación Municipal debe, por propio interés y para corresponder a la confianza que el pueblo le ha depositado, hacer que se cumplan todos los artículos e incisos del reglamento del Juzgado de Policía y Ornato, tal como exige actualmente se cumpla el artículo 7º

que ordena a Señor Juez dé parte diario a la Municipalidad y al Jefe Político, de las operaciones del día anterior; pero dando, desde luego, a esa oficina ejecutiva todos los elementos necesarios al cumplimiento mismo de esas disposiciones; facilitándole todo lo necesario y aprobando cierto número de empleados inspectores y peones indispensables a fin de que todos los trabajos marchen con entera regularidad y el reglamento no sea letra muerta en la exactitud con que el Señor Juez quisiera corresponder en bien directo de la comunidad.

TREPIDANTE.

ANDANDO POR LA CIUDAD

No hay duda que la descombración es cosa muy necesaria, muy útil, muy conveniente.

No hay habitante de esta ciudad que no desee con ansia ver las calles limpias y que no anhele el pronto desaparecimiento de esos alpes en miniatura que hoy se alzan por doquiera.

Pero hemos dicho mal que no hay habitante que esto no desee, pues los carreteros son habitantes y por cierto que nada está más distantes de sus corazones que este anhelo por la limpieza y descombración de Guatemala.

Con sus obras lo están demostrando. Toma tu sombrero, lector caro y discreto y vamos juntos a dar una vueltecita por la ciudad. En aquella casa un vecino, ya por bien intencionada voluntad de limpiar su predio y dejar libre la acera para el paso de los transeuntes, ya obligado a ello por la Policía de Ornato, ha contratado con un propietario de carretas la descombración de su casa. Las carretas llegan. Los carreteros hacen desaparecer pronto con sus palos y azadones la montaña de escombros.

Albricias, pues, lector. Tenemos ya en Guatemala una casa más, descombrada, una acera mas ya completamente libre para el paso.

Pero, poco a poco. No hay que cantar alabanzas antes de ver las obras terminadas. Los escombros ya no están allí es muy cierto; pero ¿están acaso ya en el barranco donde deben ser arrojados?

Nada de eso. Sigamos tras de la carreta que con su tardo paso van arrastrando los bueyes por las calles más céntricas de esta Guatemala entre nubes de polvo.

Así como una mujer elegante va dejando en pos de si una estela de gratisimo perfume; así como en el mar el barco deja a su paso olas que se agitan, así la carreta va dejando en pos de si una estela de ripio, una ráfaga de polvo, una cantidad de escombros. El perfume de la mujer elegante que pasa, se evapora muy pronto, la estela que el barco deja en las aguas desaparece muy presto; mas ¡ay lector carísimo! que las huellas y las estelas carreteriles tienen vida muy larga, y no son gratas como el perfume, ni bellas como el oleaje.

Sin una tabla atrás que impida la caída constante del contenido, sin una cama sin hendiduras que no deje escaparse los escombros, van las carretas por las calles, como si fuesen máquinas sembradoras esparciendo por doquiera su contenido.

Así pasan frente a las policíacas secciones, sin que haya sargento ni comandante que ataje el paso a la carreta y meta preso al carretero. Así discurren por todas partes sin que hasta hoy haya habido Agente de policía a quien se ocurra que aquello no debe, ni puede ser así, que aquello constituye un abuso, que debe ser evitado inmediatamente.

Los propietarios que tal vez han pagado fuertes sumas por la descombración de los frentes de sus casas y que anhelan ver estos siempre limpios, se encuentran de la noche a la mañana con que el paso de una veintena de carretas, les ha dejado más escombros en la calle que los que ellos removieron con tanto gasto.

Y ahora preguntamos al caro lector ¿Qué objeto tiene la descombración si se quitan los escombros de una parte donde siquiera están reunidos y compactos, para irlos esparciendo por toda la ciudad? ¿No se hará con esto más difícil la obra de la descombración? ¿No se contribuirá así a que sea cada día mayor la suciedad de las calles? ¿No se hará con tal procedimiento que los pocos vecinos que aquí acostumbran barrer el frente de sus casas se descorazonen por completo, viendo que es inútil su afán y estéril su cuidado?

Podemos apostar lo que el lector quiera a que mas de la mitad de las carretas que se han ocupado de la descombración no están en condiciones de adaptarse

a este servicio, sin ir esparciendo el ripio y el polvo a su paso por las calles.

Fácil, facilísimo es el remedio del mal Una tabla, unos pedazos de listón de madera serían suficientes para impedir que de la carreta pudiese escaparse un pedacito de ladrillo por diminuto que fuese. Ya que los carreteros de esto no se preocupan, es la autoridad policiaca la llamada a impedir que la cosa continúe como va, puesto que es al barranco donde los escombros deben llevarse y no a esparcirlos por las calles, ni a aumentar el ya suficiente polvo que en ellas se encuentra.

¿Harán los señores de la policía oídos de mercader a esta bien intencionada indicación?

ANDARIN.

NOTAS DEL DIA

EL CARNAVAL SE FUE

En esta vida semi-conventual que llevamos los capitolinos desde hace ya algún tiempo, tan ayunos de teatros y cines, como de conciertos musicales en las plazas, los días de carnestolendas han venido a poner un grato paréntesis. No porque alguno de los centros de espectáculos abriese sus puertas para que en su recinto se librasen campañas de carnaval en las que el confetti hace veces de balas dundun, y tal cual cascarón relleno con harina, o alguna más sólida materia, causa el efecto de un certero disparo del famoso 75 francés; ni tampoco porque resonasen fanfarrias musicales en las plazas del Centro o del Colón pues en la primera no hay ahora mas orquesta que los relinchos de los caballos que tiran de los innumerables coches de punto allí estacionados por todos los siglos, y en la segunda no existe mas armonía que la de una feísima covacha, única que ha quedado después de la marcha triunfal de los "covachistas colombinos", que dejaron la plaza como mantel de bodas. No. El paréntesis carnavalesco lo pusieron los bailes de trajes, organizados por diversos elementos juveniles deseosos de sacudir la modorra y aburimiento del vivir. Magnífico éxito alcanzaron en su empresa los organizadores de esos cultos festivales, pues los que a ellos concurrieron encontraron allí lo que anhelaban: horas de esparcimiento del espíritu, resonancias musicales de orquestas y marimbas, buenos vinos para contenimiento del paladar, y lindas mujeres para alegria de los ojos, pavimentos bien pulimentados para el ejercicio de los piés, y ocasiones bastante propicias para el ejercicio del corazón.

Fausto dijo sus ternuras no al oído de Margarita, sino al de una guapísima chinauteca que lucía el esplendor de unos brazos de nieve y reía al oir aquellas diabólicas declaraciones. Un cosaco bailó con una mariposa y un aldeano se atrevió a intentar la conquista de una reina. Petronio dijo locuras. Arlequín las hizo. Don Juan se puso loco no de amor, sino de vino y en cambio, doña Inés se enamoró perdidamente de un dominó mas negro que la noche.

Abundaron los disfraces de buen gusto, sobre todo entre el elemento femenino. Es natural! La mujer puede disfrazarse impunemente de cualquier manera, mientras que para el hombre, ya la cosa va teniendo sus bemoles. Una mujer puede ir a un baile disfrazada de india, sin que nada le pase. Pero un chapin disfrazado de indio, puede toparse en el baile con otro chapin disfrazado de jefe político departamental y ser alquilado por este como semoviente cuadrillero a algún propietario de finca de café......

Sobre las fugaces alegrías carnavalescas ha caído ahora el telón del miércoles de ceniza: pero según dicen, algunos entusiastas se proponen hacer que el telón se alce de nuevo en uno de los domingos próximos. Nada demuestra mejor que la pieza ha gustado al público, que el que este desee su repetición y aplauda hasta que el telón de nuevo se alza.

BARBARIE

Hemos visto en los párrafos anteriores el anverso de la medalla. Vamos ahora a ver el reverso. Allá dijimos que hay gente que quiere divertirse y ahora tenemos que decir que hay gente que quiere fastidiar. Allá vimos muchachas bonitas, hombres galantes, risas y flores por doquiera. Ahora vamos a ver

NOTAS DEL DIA

Ha sido denunciado en la prensa diaria el hecho sumamente deplorable de que a la entrada de los bailes de disfraces se situaron varias personas que se complacieron en molestar de cuanta manera pudieron a los concurrentes a dichos bailes, siendo necesario a varios caballeros que acompañaban señoras y señoritas, castigar de hecho los desmanes de algunos atrevidos. Se dice que a una señorita le fue desgarado el traje y que otra sufrió una contusión causada con una piedra. Tales cosas merecen el castigo mas severo pues desdicen horiblemente del buen tono y alta cultura que siempre han predominado en Guatemala. Nada más desagradable para los concurrentes a un festival de esta índole que tener que rechazar a mogicones a los que sin derecho ninguno para ello pretenden quitar los antefaces a los que los portan, como algunos quisieron hacerlo en las inmediaciones de las casas donde se dieron los bailes de máscaras este año.

Los terremotos dañaron las construcciones. La peste hizo estragos en la población; pero ni los unos ni la otra pueden haber causado daño alguno en la proverbial cultura guatemalteca. ¿De dónde, pues se ha originado este lamentable abuso? La envidia o la pésima educación de algunos pocos no puede hacer recaer sobre la generalidad esa nota de completa incultura y absoluta barbarie y la policía es la llamada a evitar en casos simi-

---

a los que se complacen en ultrajar a las muchachas bonitas, en provocar a los hombres galantes, en apagar las risas y en marchitar las flores.

---

lares la repetición de tan lamentables escenas.

EL VERBO BAJAR

Yo bajo, tu bajas, aquel bajó, el de enfrente bajaría, el de la esquina bajase. Nosotros bajando y aquellos rebajando. Total que esta conjugación en todos los tiempos, modos y personas del verbo padre bajar y del verbo hijo rebajar, es la que hoy se escucha por doquiera con motivo del descenso del tipo de cambio, que en menos de un año va cayendo desde las alturas del 40 por 1, a la llanura del 20 por 1. Sin disfraz algunos comerciantes, cubiertos otros con la mascarilla de la "firma reservada" han ido apareciendo por las columnas del Diario de Centro América, haciendo lo que no hacen con frecuencia nuestros señores diputados, es decir hablando.

Entre el cúmulo de razones y de sinrazones dichas por los señores del alto comercio guatemalteco, hallamos una razón que es sin razón, dada por cierto propietario de almacén. Dice que no puede bajarse los precios, porque el público está acostumbrado al regateo, es decir a ofrecer siempre menos del precio que se le pide por cualquier artículo. El argumento como vé el lector es bastante flojillo y volviendo la oración por pasiva resulta que a quien no puede o no quiere regatear se le encajan sin compasión los precios más altos, pues hasta ahora no hemos tropezado con comerciante alguno que pida un precio y si el comprador no le ofrece otro menor, le diga con toda sinceridad: "vea, amigo, yo le había pedido a Ud. tanto, para ver si regateaba, pero en vista de que Ud no es regatón se lo voy a dar en su justo precio que es tal." La costumbre tonta del regateo debe ser prescrita por completa de nuestra vida comercial y son los comerciantes progresistas los llamados a efectuar paulatinamente la educación del público, fijando precios exactos. Nada hay mas inútil ni más ridículo que esa comedia del regateo representada a diario en el comercio y en que tan hábiles actores son algunos dependientes, como habilísimas actrices algunas damas. Eso del 'voy a dárselo en tal precio "por ser Ud." y aquello del "sino me lo dá en tanto me voy donde fulano, que así me lo dá," son mentiras que ya a nadie engañan y que tan solo conducen a hacer perder el tiempo. Precios fijos y bien visibles acaban de una vez con el regateo y hacen al comprador penetrar con confianza a un almacén, seguro de que no va a ser atracado. Si el público tiene la costumbre de regatear, pronto perderá esa perniciosa costumbre al saber que nada con ello adelanta. Quédese el regatear para las regatonas del Mercado Central, gracias a las cuales muchas veces los consumidores pagan por los viveres precios más altos y los productores obtienen por sus productos precios más bajos.

MASCARA NEGRA.

A las buenas madres, a las buenas esposas, a las señoras de su casa, a las niñas bien educadas,



A todas la mujeres que se interesen por la alegría de su hogar, no puede menos de entusiasmarles esta noticia: La "Casa Colorada" de Marroquín Hermanos, acaba de concluir y ha puesto a la venta, la segunda edición del

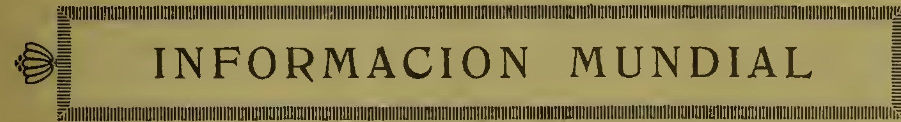
MANUAL DE COCINA DE LA "CASA COLORADA"

por el ínfimo precio de VEINTE PESOS, MONEDA NACIONAL. Esta segunda edición del MANUAL DE COCINA, ha sido notablemente aumentada y corregida, y contiene, a modo de prefacio, una serie de explicaciones para llevar a cabo ciertas preparaciones culinarias, tan útiles a las que se dedican a este arte, como son la preparación de las aves, de las carnes, de salsas, de pastas, etc., etc., y además:

43 fórmulas de elaboración de salsas, 12 de cocidos, 25 de caldos, 105 de sopas, 13 de potajes, 7 de arroces, 53 de huevos, 66 de carnes, riñones, etc., 24 de carnes de cerdo, 34 de pescados, 67 de aves, 142 de hiervas y guisos diversos, 97 de Pastelería y Repostería.

Total: 688 fórmulas, por solo VEINTE PESOS. Los señores libreros y comerciantes pueden obtener descuentos por mayor.

MARROQUIN HERMANOS — "CASA COLORADA"





LA POLITICA DE CHILE EN LA CUESTION DE TACNA Y ARICA

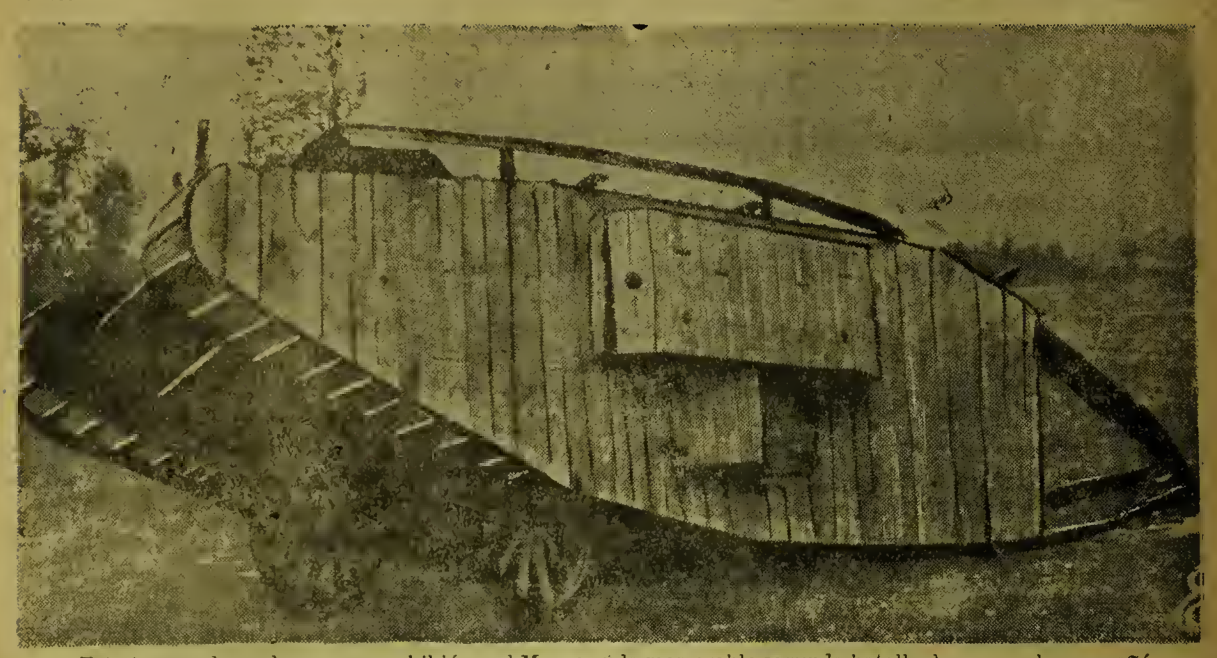
Alejandro Alvarez.

El 11 de diciembre escribimos al Señor Doctor don Alejandro Alvarez, en Washington, antiguo Consejero del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, y actual Srio. del Instituto Americano de Derecho, Internacional; escritor y autor muy conocido, pidiéndole un trabajo de exposición del punto de vista de Chile en la cuestión con el Perú. Nuestro objeto es, le dijimos, informar y orientar la opinión pública en nuestro Continente. En los mismos términos y con el mismo objeto escribimos el 2 de enero al Señor Doctor don Isaac Alzamora, Ex-ministro de Relaciones Exteriores y Ex-vicepresidente de la República del Perú, escritor y hombre eminente por su saber y su inteligencia. Podemos así ofrecer a los lectores de "La Reforma Social" el punto de vista de uno y otro país en la cuestión pendiente entre ellos, expuesto en cada paso por una alta y reconocida autoridad dentro y fuera del país respectivo. Publicamos estos dos trabajos en el orden en que los hemos pedido y recibido; y aprovechamos esta ocasión para presentar a sus distinguidos autores el testimonio de nuestra gratitud.—N. de la R.

No hace al caso exponer aquí las causas que en 1879 originaron la denominada **Guerra del Pacífico**, pues ellas son del dominio de la historia; pero sí es necesario insistir en que una de las principales fue el haber descubierto entonces Chile la existencia de un tratado secreto de alianza, que databa desde 1873, entre el Perú y Bolivia, y dirigido en realidad contra él. En 1837, circunstancias análogas, indujeron a nuestro país a entrar en guerra con las mismas Repúblicas, y, tanto entonces como en 1879, logró destruir la conspiración que fraguaban sus vecinos del norte. Bolivia se retiró de la contienda, celebrando con Chile un pacto de tregua primero, y después un tratado definitivo de paz y amistad que ha mantenido hasta ahora cordiales las relaciones entre ambos países. A la guerra con el Perú le puso término el tratado de Ancón (20 de enero de 1883,) por el cual se cedía incondicional y perpétuamente a Chile, como indemnización por los ingentes gastos que tuvo que soportar, la Provincia de Tarapacá. El artículo III del mismo tratado estableció que las Provincias peruanas de Tacna y Arica quedarían sujetas a la soberanía chilena por el término de diez años, expirados los cuales, un plebiscito determinaría si se incorporaban definitivamente al territorio chileno o si deberían volver al Perú; el país que saliera beneficiado pagaría al otro diez millones de **soles**, o pesos de plata peruanos.

Durante los diez años antes indicados, Chile se preocupó de establecer el orden en esas regiones, a la vez que asegurarles su progreso material y económico, construyendo ferrocarriles, edificios públicos, obras de irrigación, etc. Por esta política liberal y progresista, Chile ha contado siempre con la simpatía y aplauso del elemento extranjero allí radicado.

Antes de cumplirse el plazo estipulado, las Cancillerías iniciaron las negociaciones pertinentes a la celebración del plebiscito; pero no pudieron llegar a un acuerdo, por haber exigido el Perú bases que importaban en realidad la devolución lisa y llana de esas Provincias. Las relaciones diplomáticas se interrumpieron en 1901, por acto del Perú, reanudándose en 1905 a



Este tanque de madera que se exhibió en el Marne en la memorable segunda batalla de ese nombre, engañó multitud de veces a los alemanes.

invitación del Gobierno chileno, que deseaba un arreglo amistoso y equitativo, basado en los intereses y conveniencias de ambas Repúblicas. "En este terreno, que es el de la realidad en la vida de los pueblos —decía la nota de nuestro Gobierno— el acuerdo sería inmediato, absoluto y permanente", agregando "que la solidaridad moral, política y económica es la ley fundamental de las naciones."

En esa época (1905) principia el período más importante de las negociaciones. Nuestra Cancillería sostuvo que, aun cuando todos los precedentes sobre plebiscitos que registraba la historia diplomática indicaban que tal procedimiento había sido siempre empleado como un medio de disimular una cesión territorial, sin herir el sentimiento nacional del país que la hacía, el Gobierno de Chile no quería acogerse a esos procederes, y deseaba el cumplimiento leal del tratado de Ancón. En consonancia con este objetivo, exigía que las bases sobre las cuales debería llevarse a efecto el plebiscito no lastimaran sus derechos soberanos, a la vez que consultaran la genuina voluntad de todos los habitantes de las regiones afectadas.

Lasc bases propuestas por nuestro Gobierno fueron: que el plebiscito se efectuara bajo la dirección de las autoridades chilenas, por encontrarse Tacna y Arica bajo su soberanía; que tuvieron derecho a voto todas las personas domiciliadas en esas Provincias, incluso los extranjeros. A fin de facilitar las negociaciones, propuso, asimismo, que, conjuntamente con el pacto plebiscitario, se suscribiera una Convención comercial, otra destinada a fomentar la marina mercante para incrementar el comercio recíproco, y la construcción de una línea férrea que uniera más íntimamente ambos países. El Perú se negó a aceptar proposiciones tan ventajosas, e insistió en que el plebiscito se llevara a efecto sobre las bases por él indicadas, y que constituían principalmente en que sólo tuvieran derecho de voto los nativos de esas Provincias, es decir, los peruanos, aun los analfabetas, con exclusión de todos los otros habitantes, ya fueran chilenos o extranjeros.

En 1910 el Gobierno de Chile hizo una nueva proposición, sumamente favorable para el Perú: que el derecho de voto lo tuvieran los varones peruanos, chilenos o extranjeros mayores de 21 años que supieran leer y escribir y hubieran residido, al menos, seis meses en Tacna y Arica; y que la comisión encargada de presidir el plebiscito fuera compuesta de un chileno, un peruano y un tercer miembro elegido

a mayoría de votos por los Cónsules residentes en esas Provincias. Estas proposiciones tampoco fueron aceptadas por el Perú, que rompió por segunda vez relaciones con nuestro país.

La breve exposición anterior indica claramente cuán injustificada es la actitud del Perú al presentar a Chile como un país imperialista, perturbador de la paz continental como la Prusia de la América. Nuestro país ha alcanzado rápido progreso gracias a su orden interior y a la sinceridad en sus relaciones exteriores. Jamás ha sido agresivo: pero se ha defendido con energía y con éxito cuando ha recibido provocaciones; su amor a la justicia lo ha convertido a veces en el campeón del derecho ultrajado. Frescos están aun los recuerdos del año 1865: España pretendió entonces conquistar al Perú, enviando una poderosa escuadra con tal objeto. Chile, a pesar de no tener en aquel tiempo barcos de guerra. fue la única nación del Continente que salió en defensa de la hermana ofendida, guiado sólo por un alto espíritu de solidaridad, sin interés individual de ninguna especie; y por este acto generoso tuvo que soportar el bombardeo de su puerto principal, Valparaíso, entonces indefenso.

Chile ha tratado también de solucionar siempre todas sus diferencias internacionales por medio del arbitraje: en 1879, cuando surgieron las dificultades con Bolivia, le propuso resolver la controversia por este medio pacífico, proposición que fue rechazada por Bolivia, confiada en la alianza secreta que tenía ya pactada con el Perú.

La controversia con la República Argentina, por delimitación de fronteras, una de las más antiguas y difíciles que se ha presentado en la América del Sur, fue resuelta por arbitraje, pactándose, además una limitación de armamentos navales entre las dos Repúblicas. Esta Convención es la única de su especie que registran los Anales diplomáticos, y fue citada como modelo en la Segunda Conferencia de la Haya.

La actitud de Chile en el presente cataclismo ha sido levantada a la vez que manifiestamente favorable a la causa de los aliados. Los beligerantes, como es sabido, iniciaron sus operaciones navales en aguas del Pacífico del Sur, violando varias veces nuestra neutralidad. La Cancillería chilena protestó siempre con energía, recibiendo explicaciones satisfactorias de Alemania, e Inglaterra ha reconocido oficialmente, en diferentes ocasiones, que habíamos procedido con toda rectitud.

Después que Estados Unidos y otras naciones de la América entraron en la contienda, nuestro país manifestó vivas simpatías por su causa, como lo acreditan las notas de su Gobierno a los Estados Unidos y Brasil. Y si él no rompió relaciones con Alemania fue porque sus barcos mercantes, que hacían su principal comercio por el Pacífico, no fueron víctimas de la campaña submarina, causa determinante de la ruptura de relaciones de los otros países con Alemania.

L acampaña agresiva del Perú en los momentos actuales se explica solamente por conveniencias de política interior y por su deseo de aprovecharse de la situación europea para procurar que la Conferencia de Paz resuelva la cuestión de Tacna y Arica,

conjuntamente con las revindicaciones territoriales originadas por el nacimiento de las nuevas nacionalidades o por el equilibrio político, causas determinantes de la gran catástrofe. Pero la opinión pública de ambos Continentes no se dejará engañar por apariencias ni por sentimentalismos, pues sabe que dicha cuestión es entre dos países de América y sin ninguna relación con el magno conflicto europeo. No se trata, pues, de una materia de interés mundial, ni siquiera de interés continental americano, sino sólo del cumplimiento de una cláusula del tratado de Ancón, dificultad que puede solucionarse fácilmente por medios pacíficos, si el Perú, abandonando su intransigencia, muestra buena voluntad para llegar a un acuerdo sobre bases de justicia y mútua conveniencia.

La Conferencia de paz europea no discutirá el problema de Tacna y Arica como no discutirá ningún asunto entre Estados del Continente americano; vgr. las anexiones efectuadas por Estados Unidos, ni su política de hegemonía; la diferencia entre Argentina y Uruguay relativa al río de la Plata; las controversias del ímites aun pendientes etc.; sólo se ocupará de las materias que se relacionen directamente con la gran guerra: la circunstancia de que a esa Asamblea sólo concurran países beligerantes y no los neutrales es la prueba más concluyente de nuestra afirmación.

El Gobierno y el pueblo peruanos, en vez de remover y agriar la cuestión de Tacna y Arica en el momento mas crítico porque atraviesa la humanidad, debiera meditar las lecciones que nos ha dado la presente guerra, y en especial el inestimable valor de la cooperación entre los países. Lo que cumpliría hacer, en vista de esas lecciones, sería que el Perú facilitara un avenimiento con Chile y Bolivia que les permitiera estrechar sus relaciones económicas, en beneficio recíproco. Y acaso este vínculo podría ser el preludio de una "Confederación del Pacífico", destinada a asegurar la paz y prosperidad de esa parte de nuestro Continente.

El eminente estadista señor Luis Barros Borgoño, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, acaba de hacer una interesante exposición al redactor de El Mercurio de Santiago sobre la cuestión de Tacna y Arica, que ha sido trasmitida por cable a la prensa de este país. Los párrafos principales de esa declaración, dicen:

"Chile funda sus derechos en esta materia en el tratado de Ancón, al cual permanece fiel, y ninguna consideración lo disuadirá de cumplir exacta y honradamente las estipulaciones en él contenidas. Durante muchos años el Gobierno de Chile se ha esforzado por solucionar esta controversia, gestionando del Gobierno peruano el leal cumplimiento del tratado, que contempla la completa protección de los derechos de ambos países, pero jamás lo ha conseguido. Chile respetando los derechos del Perú, y al mismo tiempo atento a los suyos propios, ha manifestado en repetidas ocasiones en el artículo III del tratdo, que ordena que la nacionalidad definitiva en Tacna y Arica sea decidida por voto popular. La última proposición hecha por el Gobierno de Chile fue en 1910..." Y termina con estas palabras: "Así han fracasado los mejores propósitos y esfuerzos chilenos. El Perú siempre se ha opuesto al cumplimiento de los términos del tratado de Ancón. Chile está seguro que, cuando la verdad se conozca, las profusas publicaciones peruanas serán apreciadas en su justo valor."

LA CUESTION PERUANO-CHILENA

Isaac Alzamora.

Las actuales diferencias entre el Perú y Chile tienen su origen en la guerra que Chile emprendió contra Bolivia y el Perú a principios de 1879, y terminó, victoriosamente para Chile, en 20 de Octubre de 1883. La causa de esta guerra es dato indispensable para apreciar la importancia de las dificultades actuales y el alcance que pueden tener en el porvenir.

La guerra del 79 tuvo por causa aparente e inmediata una reclamación del Gobierno Chileno contra el Boliviano, con motivo del cobro de un impuesto de diez centavos decretado por éste, sobre cada quintal de salitre que se extrajera de su territorio, una empresa minera fomentada con capitales chilenos. Bolivia desistió al fin de cobrar el impuesto, pero Chile no desistió por eso



Esta fotografía rememora la llegada de M. Clemenceau y del Mariscal Haig de los ejércitos ingleses a la ciudad de Cambrai (Norte de Francia,) donde se libraron sangrientos combates.

del propósito que tenía formado de apoderarse del territorio donde yace el mineral explotado por la compañía mencionada; y como Bolivia tenía celebrado con el Perú un pacto de alianza defensiva, no ofensiva, Chile declaró la guerra a este último también.

Prescindiendo del nimio, inconducente y suprimido pretexto a que se acogió Chile, el verdadero motivo de la guerra fue la gran riqueza de salitre y guano del desierto de Atacama, que en su parte mejor y más septentrional pertenecía al Perú, y en su parte meridional a Bolivia; y por eso aquella guerra entre Chile y el Perú (Bolivia poco se menciona) es generalmente conocida en el mundo con el nombre de "guerra del salitre." Los hechos siguientes prueban que el mundo no se ha equivado, y que la responsabilidad de la guerra pesa sobre Chile por entero.

Antes de la guerra Chile no poseía ningún terreno salitrero; después de ella Chile ha resultado dueño exclusivo de todos los terrenos salitreros de la costa occidental de América, los cuales eran de propiedad reconocida e indisputada del Perú y de Bolivia.

Antes de la guerra era el país más pobre de Sud América con un presupuesto de doce millones de pesos, más o menos, lo cual hacía la guerra con ese país un negocio detestable para el Perú; en tanto que este último, con sus riquezas del guano y del salitre y con el brillo de haber sido el centro del poder colonial de España, excitaba la codicia y la envidia Después de la guerra, Chile, en proporción a su población y territorio, tiene el fisco más rico del continente, con un presupuesto que pasa de doscientos millones de pesos.

Cuando la guerra estalló, Chile, a pesar de su estrechez fiscal, se había provisto de elementos de guerra marítima suficientes para aplastar sin ninguna duda el poder naval del Perú, que había sido hasta poco antes, el primero en la costa occidental de Sud América; lo cual aseguraba a Chile la victoria, porque, prácticamente, el mar era el único medio de comunicación de los dos países entre sí y con el exterior.

Después de la independencia de las repúblicas sudamcrianas, el Perú y Chile nunca fueron países limítrofes, porque el nuevo Estado de Bolivia, constituido en el sur del Perú, a expensas de este, los separó en toda la extensión n que podían confundirse sus límites. Por ésto las dificultades entre Chile y sus dos vecinos del Norte, tuvieron que co-

menzar por Bolivia, a pesar de que la presa más codiciada estaba en el Perú. Además, Bolivia encerrada entre sus montañas, sin acción eficaz sobre su propia costa ni el rico desierto que la separa de ella, debilitada por la anarquía y gobernada a menudo por tiranos militares semibárbaros y corrompidos, se prestaba admirablemente a los proyectos de Chile.

Del trato de esos infelices tiranos bolivianos con los más refinados miembros de la astuta diplomacia chilena, resultó, en 1842, año del descubrimiento de las riquezas de Atacama que Chile conocía sin duda de antemano, una disputa que nadie podía explicarse en el continente.

Hasta el año de 1842 la República de Chile, y antes que ella, la capitanía general del mismo nombre, habían tenido invariablemente como límite septentrional inconfundible por su naturaleza, el desierto de Atacama que principia en el grado 27 de latitud meridional. Todos los documentos del caso, así públicos como privados, de la época del coloniaje lo acreditan; y otro tanto sucede con los documentos de la República anteriores a 1842, y especialmente con todas las constituciones que ella misma se había dado hasta entonces, en las cuales se fija como límite Norte de la República Chilena, el desierto de Atacama.

Pero en ese mismo año 1842 buques chilenos empezaron a cargar clandestinamente el guano recién descubierto en la costa boliviana; lo cual motivó actos y gestiones del Gobierno Boliviano, que tuvieron el éxito deseado sin contradicción de Chile, cuyo Gobierno, en el caso del buque Janoqueo, llegó a dar amplias satisfacciones al Gobierno boliviano. Pero cuando los agentes de este Gobierno aprehendieron una partida de aventureros que estaban extrayendo guano en la vecindad del puerto de Mejillones, "El Chile," buque de guerra chileno, acudió en auxilio de los presos, los puso en libertad, desembarcó fuerza armada, erigió un fortín e izó en él la bandera chilena. El Dr. E. S. Zeballos, antiguo Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina y plenipotenciario ante el Gobierno de Washington, refiriéndose a este hecho en su tratado de Derecho Público Hispano-Americano, dice: "Así es como Chile apareció por primera vez en Atacama al Norte del río Paposo. (El río Paposo corre hacia el Pacífico sobre el paralelo de los 25 grados).

A partir de tan grave como inmotivada agresión, y no obstante las reclamaciones bolivianas, continuaron las incursiones chilenas en el desierto; y el Presidente Mont dió cuenta al Congreso Chileno de que una comisión nombrada por él para explorar la costa desde Coquimbo hasta Mejillones (todo el desierto boliviano,) con el propósito de descubrir si existían algunos depósitos de guano **en el territorio de la República (Chilena)**, los cuales convenientemente trabajados (el guano no necesitaba ningún trabajo) pudieran proporcionar una nueva fuente de entrada al tesoro, y que no obstante de que el resultado de la expedición no había llenado aún sus expectativas, se había descubierto guano desde el 20 grados 35' hasta el 25 grados 6' de

latitud Sur. Con motivo de este mensaje el Congreso de Chile aprobó la ley de 31 de Octubre de 1842 disponiendo que "todos los depósitos de guano existentes en la provincia de Coquimbo, en el litoral de Atacama y en las islas adyacentes se declaran propiedad nacional (de Chile) El plenipotenciario boliviano pidió inmediatamente al Gobierno Chileno que exigiera del Congreso la derogación de la ley de 31 de Octubre, y la petición fue denegada por la Cancillería Chilena, alegando con sorpresa, que cualquiera que fuese la opinión que el Gobierno pudiera formar en vista de las razones y fundamentos que se pudieran aducir, nunca podría entrar en sus atribuciones alterar las leyes existentes.

A favor de tan ingeniosos recursos quedó entablada al fin oficialmente la primera cuestión de límites entre Chile y Bolivia, sin que las representaciones de esta, desprovistas de todo apoyo militar, causasen otra molestia que la de darles largas con cualquier pretexto; hasta que, conocida a fondo por el Gobierno Chileno la riqueza del desierto, la corbeta de guerra chilena "Esmeralda" se presentó en el puerto de Mejillones el 20 de Agosto de 1857 y expulsó por la fuerza a las autoridades de Bolivia en dicho puerto. A las nuevas reclamaciones que este despojo motivó, contestó Chile proponiendo dividir el desierto que negociar un tratado de límites, y Bolivia al fin fatigada, desesperanzada, maltratada y peor goberndа, cometió el increíble error de aceptar substancialmente tal propuesta y dejarse así envolver en un proceso de negociaciones y tratados, cado uno de los cuales en vez de resolver la dificultad que lo motivaba, creaba otras nuevas y complicaba más la situación que no terminó sino en la guerra y la pérdida absoluta para Bolivia de toda su costa y de todo el desierto de Atacama. Refiriéndose a esos tratados y negociaciones, el eminente chileno Marcial Martínez, en su libre "Chile y Bolivia", dice que sus compatriotas no habrían empleado otros métodos si hubieran estado en una tierra de salvajes. En aquella época se formó en Bolivia la sociedad de propaganda chilena "The Fatherland," con los mismos fines que han perseguido en Europa y en este país las sociedades de propaganda alemana.

El primer tratado de límites entre Chile y Bolivia fue el de 10 de agosto de 1866 que la diplomacia chilena logró arrancar a Bolivia a favor de dos circunstancias muy excepcionales: la guerra de España contra el Perú, primero, y después contra Chile, que despertó sentimientos románticos de defensa común en todas las repúblicas occidentales de Sud América con excepción de Chile, y la dictadura en Bolivia del general Melgarejo, el más desgraciado de los tiranos bolivianos de esa época infeliz. En este tratado de 1866 se encuentra la cláusula IV, según la cual "todos los productos del territorio comprendido entre los grados 24 y 25, y exportados por el puerto de Mejillones serán libres de derechos". La disposición de esta cláusula que quedó implícitamente subsistente en el tratado posterior de 1874, contiene el germen de la disputa que hizo estallar la guerra.

Con el propósito ostensible de que Bolivia entrara en la alianza que el Perú y Chile tenían ya ce-

lebrada para defenderse de España, envió el Gobierno Chileno a Bolivia, una misión muy importante, la cual, aparte de la alianza contra España que no representaba ninguna ventaja pues to que Bolivia carecía en absoluto de poder marítimo que oponer a las naves españolas. Produjo los resultados siguientes: 1°. que Chile consiguió su primer tratado de límites, única base jurídica de todos los derechos alegados posteriormente por ese país sobre el desierto de Atacama; 2°. que se estableció entre las dos repúblicas una comunidad de territorios, de aduanas marítimas y de productos de las minas, sumamente apropiada para servir de semillero de dificultades y pleitos de todo género; 3o. que el Gobierno Chileno colmara de los más altos honores al dictador Melgarejo y le confiriera el generalato en el ejército de Chile, y 4o. que Melgarejo, a pesar de todo, dejó para la Historia una nota honrosa, desechando firme y finalmente la reiterada propuesta del plenipotenciario chileno, para celebrar una alinaza contra el Perú, aliado entonces de ambos contratantes, con el objeto de que Bolivia cediera a Chile toda su costa con el desierto de Atacama, y tomara en cambio la costa peruana y su desierto de Tarapacá hasta el puerto de Arica inclusive. Chile daría al efecto al General Melgarejo todos los elementos necesarios para vencer al Perú, y hasta un ayudante de campo en la persona del muy distinguido hombre de Estado chileno D. Carlos Walker Martinez, a la sazón secretario de la legación en la Paz, quien debería acompañar al dictador boliviano en su gloriosa empresa, y había hecho que le confiriera con tal objeto el grado de Mayor del ejército de Bolivia. Todo ésto consta en una comunicación, fecha 21 de abril de 1879, dirijida por D. Mariano D. Muñoz, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, a su plenipotenciario en Lima, la cual está publicada en "La Cuestión del Pacífico" por D. Víctor M. Maurtua, ampliada y traducida al inglés por D. F. A. Pezet, obra de la cual el presente escrito es un breve sumario.

Al mismo tiempo que se iban realizando los hechos públicos apuntados, el insensato dictador, cegado por los oropeles que le prodigaban en Chile, se dejó arrancar las más extensas, inmotivadas y absurdas concesiones, por la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, formada por grandes capitalistas chilenos y apoyada por los hombres públicos y el Gobierno de Chile; hasta el extremo que el desierto entero de Atacama, con toda su riqueza, quedó convertido, prácticamente y sin ninguna compensación, en propiedad de esa compañía. De modo que cuando al fin Bolivia quedó libre de Melgarejo, el nuevo gobierno trató de reducir, ya que no anular del todo como la justicia lo exigía, los ilegales e inverosimiles regalos hechos por el dictador. Esto dió lugar a una serie de reclamaciones de la compañía, y de actos diplomáticos, amenazas y vejamenes por parte de Chile, a que puso término el Gobierno Boliviano, por medio de un convenio en que Bolivia permitía que la compañía gozara de todas las concesiones que reclamaba, y la compañía se obligaba a entregar a Bolivia

(Pasa a la página 34).

ADRIANO BERTRAND
MUERTO EN LA GUERRA

LA LLAMADA DEL SUELO
NOVELA

tdo. El convoy se sumió por el pórtigo en la calma soleada del hospital.

Madame Thiers no dejó por esto de darse una gran importancia durante dos días. Vigilaba a los enfermos y corría de las salas al jardin. Hasta llegaron a decir que al volver un día desde el claustro, donde había cortado unas flores, a la sala de operaciones, donde el médico estaba amputando un dedo a un enfermo, ofredió ella, a guisa de tijeras y pinsas, su cortaplumas al cirujano, que, inclinado sobre el paciente, pedía sus instrumentos. Esta anécdota no tardó en divulgarse.

Las campesinas de los alrededores tenían todas maridos e hijos en el fuego. Los hijos del terruño han sido el sólido baluarte de la patria.

Las bajas son proporcionalmente más numerosas entre ellos que en las demás clases sociales. Han regado con su sangre, como de costumbre, la tierra por tanto tiempo regaron antes con sus sudores. Las campesinas adivinaban confusamente, y se decían que aquellos hijos de familias acomodadas de la ciudad eran "emboscados", por lo que cobraron cierta antipatía a las señoras del hospital y se les reían en sus caras. Margarita tuvo que telegrafiar otra vez para que enviasen un segundo convoy de heridos.

Y vino. Y tras de el vinieron ¡ay! otros. Había trabajo bastante para todos los hospitales de Francia. Meillanne tuvo sus heridos. Hay que decir que los asistió solícitamente y les prodigó toda clase de cuidados.

Yasí fue como una tarde llegó allí Luciano Fabre y conoció a Margarita Courtois.

Su herida se cicatrizaba. No conseguia aún mover el brazo, pero podía pasear. Había aplazado hasta entonces esta visita a Margarita, por que presentía que había de tener trascendencia en su vida. Se había limitado hasta allí a cambiar con ella frases de una amable trivialidad. Pero le deslumbraban sus hermosos ojos. Ella le había curado y él recordaba la cálida fragancia ambarina con que su lozano cuerpo parecía envolverle cuando se inclinaba sobre él.

Al salir Luciano Fabre del hospital, se sintió mareado al pronto por tanta luz. Le emocionaba el sentirse revivir. Aspiraba a pleno pulmón el aire tibio. Le parecía que, libertado de la muerte, veía por vez primera todas las cosas bellas que le rodeaban. Seguía el camino que le indicaron y que conducía a la finca de Mad. Courtois. A la derecha deslizábase el río, perdido en su cauce de guijarros blancos. Subía del agua algo de bruma. Bajo los rayos del sol la montaña se recortaba, árida, pálida, sobre el azul casi negro del cielo. Todo dormía, menos las cigarras. Muy lejos, entre el polvo de la carretera, se perdían los cascabeles de los caballos y el rodar de la diligencia.

Había tanto descuido, tanta alegría robusta, tal cantidad de vida apacible en el paisaje, en los fuertes olores desprendidos de la tierra requemada, en el ligero mistral, impregnado de tomillo, que Luciano sintió que las lágrimas le subían a los ojos. Y de pronto se sobrecogió, como si hubiese visto caer un rayo. Acababa de evocar, a la luz cruda de este sol, el cadáver de Nicolai tendido con los brazos en cruz, el glacis infernal de Laumont, la trinchera que ocupaba a aquella hora su batallón en las ciénagas del Flandes francés. No comprendía por qué injusticia se conservaba aquella provincia tan lozana, mientras otras regiones francesas, holladas por las botas de los prusianos, gemían y se teñían en sangre.

Luciano empujó la puerta y penetró en casa de Mad. Courtois Margarita vestía un traje blanco, con una blusa abierta en un escote tan bajo, que necesitaba un encaje para ocultar los senos. La falda dejaba ver los tobillos, que parecían desnudos, hasta tal punto la media rosa se confundía con la carne. Había elegido, para que le diese un aire rústico, un gran sombrero de paja. Su traje, su actitud, el aspecto de la terraza tapizada de rosas amarillas en que estaba sentada, componían un cuadro de exquisita elegancia. Al verle afirmó ella, riendo:

—Me he hecho una lugareña

Pero Luciano no encontró ningún cumplido que responder a esas palabras. Margarita hizo el gasto de la conversación. Habló de París. Habló de Meillan-

ne. Habló también de la guerra. Quería que Luciano le contase sus hazañas. Pero éste, por una especie de pudor íntimo, no se atrevió a contar a la joven, en cuyos ojos destellaba una eterna malicia y cuya garganta exhalaba los más exquisitos perfumes, el largo dolor de sus hombres y todo el enorme misterio sangriento de la batalla.

La habló, con todo, de Vaissette, y ella se divertía mucho al imaginarse al sargento profesor perdiendo sus lentes y filosofando bajo una lluvia de balas. Luego, sus ojos castaños se tornaron más sombríos y las aletas delicadas de su nariz temblaron e hicieron un respingo cuando Luciano le contó ciertas conversaciones entre los dos y diversos episodios en los que Vaissette era el protagonista. Ella le comprendía.

Entonces Luciano dió rienda suelta a todas las imágenes que le acosaban. Desahogó su corazón. Acababa de descubrir con entusiasmo que aquella mujer joven y hermosa, que era toda la gracia y toda la primavera, se había penetrado, como sus hermanas, de la universal angustia.

—¡Cómo se interesa usted por esto!—le dijo él en voz más queda.

Ella se estremeció. Se fue aproximando a Luciano, como en demanda de protección, y le dijo:

—Usted es mi héroe.

No hablaron más. Pero no temían abandonarse al curso de sus pensamientos, dejando entre ellos el silencio. Al separarse, Luciano dijo a Margarita con toda ingenuidad:

—¡Cuánto la amo a usted!

Ella respondió con una sonrisa.

No se mostraban más sorprendidos que si fuese esta vez la centésima en que él le hacía tal confesión.......

Fue cosa de encantamiento. Se amaron con una suerte de furor salvaje y vehemente, como esos amantes de leyenda que saben que tienen el tiempo contado. La primavera avanzaba, y las prímulas, los pinos y los árboles frutales tenían ya la compañía de todas las flores del campo. Las noches eran dulces y embalsamadas por los troenes y las viñas en floración. Los amantes paseaban por las hondonadas, bajo palios de adelfas, y por los senderos pedregosos de las montañas.

No se separaban un momento. Luciano pasaba todo el dia con Margarita, sea que ella fuese al hospital para cumplir allí su misión, sea que él fuese a visitarla en su casa. Por la noche, asomado a su ventana, todavía pensaba él en ella. Escribía cartas prolijas a Vaissette para contarle sus amores, o fumando su pipa y viendo cómo la luna se remontaba en el cielo, evocaba el recuerdo de los obscuros ojazos de Margarita. También creía percibir el mismo suspiro que exhalaba su garganta cuando hablaban de su próxima separación, y ella, de pronto, soltados los lazos del corsé rosa, dejaba al descubierto su cuerpo admirable y tibio, que ocultaba apenas una ligera camisa.

—Te estoy comprometiendo—decía Luciano a Margarita—. Madame Thiers no debe hablar más que de nosotros.

—Madame Thiers — replicaba Margarita— tiene que hacer bastante con su hospital y con sus hijos, que a causa de las últimas leyes y decretos corren peligro de ser enviados a la línea de fuego. Además, me da lo mismo. Regresaré a París cuando tú vuelvas al frente y nunca tornaré a esta casa donde nos hemos amado tanto.

Se iba aproximando el día de la partida de Luciano. La herida se cicatrizaba y lo llamaron de su batallón. Vaissette le anunciaba una nueva ofensiva. Luciano sintió que ahora que amaba, la tragedia sería más cruel. Pero estaba convencido igualmente de que no le asaltaría ninguna flaqueza, como no le asaltó en lo pasado, que tendría la misma paciencia y la misma temeridad, sólo que su corazón sangraría más que antes.

La víspera de la partida Mad. Courtois invitó a almorzar al teniente Fabre y al bueno del doctor Constantin que le habia curado. Era este último un anciano amable, indulgente y escéptico, que no había tenido en su vida mas que dos pasiones: el amor a la República cuando existía el Imperio, y después de la República su colección de insectos y mariposas. Llevaba echadas muchs parrafadas con el joven oficial, y éste le había tomado cariño.

—Se me representa usted como dentro de cuarenta años mi amigo Vaissette —le decía Luciano.

—Puede —contestaba el médico—. Pero vuestra juventud quedará consagrada por acontecimientos que no hemos conocido nosotros.

De este tenor era la conversación que sostenían aquella tarde.

—¿No tenía usted veinte años en 1870, como nuestros jóvenes amigos en 1915?— preguntó Margarita.

—No era lo mismo —repuso el doctor—. La guerra de 1870 fue tan sólo uno de esos episo-

dios sangrientos pero secundarios que nacen de las relaciones entre dos países. Esta vez, por el contrario, es asunto de vida o muerte para nuestra nación, y la raza entera lo siente y toda la tierra de Francia se ha estremecido.

—¿Lo cree usted así? —preguntó Luciano.

—¿Lo cree usted así? —insistió Mad Courtois.

Y pensaba en los dos hijos de Mad. Thiers que estaban "emboscados". Ella lo declaró luego en alta voz, añadiendo:

No son los únicos.

No, cierto que no eran los únicos. Al doctor le constaba. Los obreros de los grandes centros fabriles, toda la aristocracia intelectual del país, la clase media y la enorme masa de campesinos, había corrido como una sola alma hacia las violadas fronteras. Pero en estas aletargadas ciudades de provincia hubo demasiado egoísmo y demasiada cuquería.

—Mi hijo está en el frente— decía el procurador al escribano del Tribunal.

Pero la verdad era que su hijo se hacía el indispensable en la oficina de reclutamiento de Montelimar... ¡Para cuántas de aquellas personas no empezaba el frente en Montelimar!

—Podemos hablar así libremente entre nosotros —declaró riendo Margarita—, puesto que ninguno de los tres puede darse por aludido. Yo soy mujer; usted, doctor, tiene setenta años, y nuestro amigo Luciano Fabre ha estado en el fuego y vuelve a él mañana.

Dijo esto porque sentía más viva que nunca, a causa de la inminente partida de su amante, la injusticia de las cosas.

—Afirma usted añadió Luciano —que nuestra tierra toda se ha estremecido. Pero aquí, en esta ciudad, apenas si se han enterado de que hay guerra........ Siguen fijando aún el comunicado oficial, mañana y tarde, a la puerta de la Alcaldía y de la Oficin de Correos. Pero nadie lo lee, y vea usted si este pueblo y estos campos no parecen más bien indiferentes a la tempestad que zumba desde las dunas del mar del Norte hasta las cumbres de los Vosgos.

Y Luciano señalaba con el brazo a Meillanne, que dormia, en la ladera de la montaña, bajo la luz y el calor del sol provenzal. Señalaba los campos en que brotaban ya espigados los trigos verdes y los pámpanos que por todas partes recubrían las cepas.

—No se deje usted engañar por la apariencia —le dijo el doctor—. Esos cereales no han crecido por milagro; ni por milagro tampoco esa viña que no ha sido sulfatada se cubrirá de racimos bermejos. Esos olivos que no han sido podados darán su negro fruto este invierno. Las mujeres, ya lo sabe usted, los viejos y los niños se han aplicado a la tarea, trabajando sin protesta, con una terquedad grande y sencilla, y eso a pesar de la noticia que a menudo les traía el alcalde de que el jefe de la familia había regado con su sangre las colinas meusianas o los canales flamencos. Es el terruño el que inspiró a sus rudos esposos la voluntad de sacrificar sus vidas. Ellas y ellos han sacado de las entrañas del terruño ese patriotismo inconsciente que se manifiesta ante nosotros.

—Me parece —interrumpió Luciano— que estoy oyendo hablar a mi amigo Vaissette..... La experiencia de la guerra nos ha hecho ya pensar lo que a usted le enseñó la experiencia de la vida y el contacto con nuestros labriegos.

—Sí; en ellos puede usted ver a lo vivo —repuso el médico— el deseo de no morir que nuestro país siente. Este deseo dicta su deber a la más humilde campesina. A despecho de la tempestad que hace estragos en los acantilados del Aisne y en las crestas vosgianas, este estío y este otoño presidirán a las cosechas y las vendimias. La vida continuará. El viento de locura y de gloria que sopla allá arriba se deshace en la barrera que forman vuestros pechos. Vosotros sois los centinelas apostados allí para que no pase y para que a su amparo se perpetúe el encadenamiento de nuestras costumbres. Vuestra misión es parecida a la de los cipreses de nuestra llanura del Ródano: se estrechan a lo largo de los caminos y de los ampos, protegiendo contra el mistral el paso regular de las diligencias y el crecimiento de los trigales. No piense usted en las flaquezas individuales que me ha contado; son un poco de cieno que se purifica en la inmensidad santa de los mares. Comprenda usted que lo que aquí le pareció indiferencia es simplemente la prudente voluntad de esta tierra de cumplir su misión; y esta misión no es otra que conservar su lozanía como en lo pasado. Ella padece con los otros pedazos del territorio nacional hollados por las tropas en marcha, destripados por las hordas enemigas. Pero no por eso deja de desarrollarse en la luz. A cada uno lo suyo. No porque haya sido usted herido en el brazo deben dejar de funcionar normalmente su corazón o sus pulmones. Yo le di-

go que la tierra tiene una inspiración que le dicta cuál es su deber. Parta usted, joven y querido amigo, con más ánimos y más confianza. Piense que a pesar de la tormenta, nuestra amiga la señora Courtois conserva su sonrisa y el escote de su garganta y nuestros laureles de Provenza continuarán abriendo al sol sus poéticas flores y nutriendo esas ramas siempre verdes con las cuales, muy pronto hemos de coronarle.

. . . .

Cuando se hubo separado al día siguiente Luciano de Margarita se sintió tan desamparado que deseó morir en el mismo instante. Un rayo de sol amarillo, el último de una hermosa tarde, había abandonado el salón. Se oyeron seis campanadas de un reloj discreto: era la hora que se habían fijado para decirse adiós. Se abrazaron por última vez. Ella estaba muy pálida, pero no hizo nada por retenerle. Ambos sabían que no debían volverse a ver.

Luciano tenía que tomar a las ocho el coche que le llevaría a la estación. Recorrió por última vez el trayecto de la casa de Margarita al hospital. Se sabía de memoria las diversas etapas del camino: tal pared, tal vallado, aquel puentecillo. Las cosas que iba a dejar le eran más familiares que nunca. Evocó largamenta el camino por el cual se había paseado tantas veces con Margarita, que corría, ágil y fuerte, delante de él o apoyaba en su brazo el talle flexible. Volvía a ver en su imaginación la totalidad dorada del camino cuando lo bañaba el sol y sus sombras azules cuando la luna daba en él de lleno.

El había envejecido un poco. Y ahora que amaba, comprendía mejor la crueldad de la guerra. Percibía en sus abismos la profundidad de esta tragedia humana. Al pensar en todos los que habían amado, que habían sido una parte viviente de la esposa o de la amante abandonada en el hogar, y que ahora dormían bajo la tierra hollada y las cruces rústicas de los campos de combate, sintió un gran calofrío.

Pero al mismo tiempo, y por un prodigio raro, sintió que cuanto más grande era el sacrificio, mayor era también la fuerza que le capacitaba para cumplirlo.

—¿Será porque me pareoe ahora— dijo— que me bato por defender a Margarita?

Eso era, sin duda. Pero había algo más. Abarcó aún con una mirada el valle, ya penetrado de la calma nocturna; la ciudad, que ya no era para él mas que una extraña; el camino aquel que amaba tanto.

—No es —dijo— solamente por Margarita por quien voy a batirme, sino también por este paisaje, del cual es ella una partícula animada, por todo este suelo que me infunde la misteriosa voluntad de vivir.

Y así Fabre comprendió, en el fondo de la provincia pacífica, lo mismo que Vaissette y de Queré en la línea de fuego, que lo que los dirigía a todos era el llamamiento de la tierra francesa.

CAPITULO VII

EL TEDIO EN LA TRINCHERA

El teniente Vaissette explicó a sus hombres:

—Cuando venga la noche saldremos de la trinchera. Tenemos que cavar una zanja a doscientos metros adelante. Estamos demasiado lejos del enemigo para la gran ofensiva. La tercera compañía tomará posición delante de nosotros para protegernos contra un ataque imprevisto.

Vaissette estaba contento. Había recibido aquella misma mañana una carta de Luciano Fabre, en la que le anunciaba su curación definitiva y su próximo regreso al depósito o al frente. En aquellos días se estaba reformando el batallón, y sobre todo sus cuadros, en previsión del ataque general que se anunciaba para la primavera. De Queré acababa de recibir en su compañía a un oficial, el subteniente Richard. Serre, que había vuelto, y durante el invierno había mandado la cuarta compañía, fue ascendido a comandante de un batallón. Vaissette estaba solo en su compañía, de la que seguramente iba a encargarse Luciano a su regreso. Así acabarían juntos la campaña comenzada en Lorena.

—Sólo nos faltará Nicolai— dijo—. Pero en cambio tendremos a de Queré.

Caía la noche sobre las inmensas llanuras de Flandes. Era una noche magnífica y dulce, final sonriente de un día de primavera. El crepúsculo se rezagaba aún entre las hierbas tan altas como las alambradas. Su verdor tierno y vivo se adornaba de flores campestres, y sobre to-

do de amapolas. Se hubiera dicho manchas de sangre sobre la alfombra de césped.

Llegó la noche y su tibieza. Era como un respiro de la tierra y de las almas. Una paz inmensa y nostálgica se cernía sobre el paisaje. Parecía imposible que se estuviese en guerra.

Los trigos deben estar ya crecidos —dijo Servajac.

Porque asociaba siempre las vicisitudes del tiempo y de la estación con las labores agrícolas.

Los tiradores del capitán de Queré se habían dispersado por el campo. La complicidad de la sombra los ocultaba. No se oía ningún ruido. El cielo, que conservaba aún algo de la luz del día, no dejaba brillar a los astros; pero los cazadores miraban con melancolía la estrella del Pastor, que parecía vivir y respirar. Se habían tendido entre las plantas silvestres, que tomaban posesión de los campos abandonados por el hombre, y entre las remolachas crecidas, cuyos tallos ornaban campanitas perfumadas como de azúcar y miel.

Vaissette mandó avanzar a su compañía y puso manos a la obra. Debían abrir una gran zanja, que sería la nueva trinchera. El enemigo estaba a cien metros. No tiraba. Este silencio mismo era terrible. Los soldados experimentaban una congoja más grande acaso al manejar la pala y el pico, al cumplir, en suma, los ritos habituales de su trabajo y repetir los movimientos familiares de su vida, que al responder fusil en mano a una descarga o detener una ofensiva.

¿Qué hacían los alemanes? Vaissette pasaba por trances horribles. Cierto era que a algunos metros por delante estaban los tiradores de la tercera compañía. Pero podían ser arrollados; y entonces los prusianos se le echaría nencima antes que tuviera tiempo de dar el alerta. Probaba a adivinar la noche. Pero ésta guardaba intacto su misterio y no se veía gota a dos metros de distancia. Nada se movía. Hubiera querido ir hasta la línea alemana para cerciorarse: pero al volver le habrían fusilado los nuestros. Por esto retrocedió adonde estaban sus hombres cavando el suelo. Los unos, sin quitarse la guerrera y con el fusil a la espalda, se habían dado prisa a abrir un agujero en la tierra para guarecerse. Otros, más flojos, no habían avanzado nada, porque se quedaron tumbados en el suelo. Hubiera sido preciso estar a la vez en todas partes. Se necesitaba sobre todo paciencia para esperar, para dejar que pasase la noche, mientras efectuaban este trabajo.

Vaissette tomó una resolución. Se acostó boca arriba y se puso a mirar la noche. Nunca le había parecido el cielo tan lleno de serenidad.

—¡Cuántos de estos hombres —se dijo— cavan ahora sin saberlo la trinchera que les ha de servir de sepulcro! Estos zapadores son sus propios sepultureros. ¿Qué poeta dirá la belleza de su gesto?.... ¿Su trabajo no es un símbolo del pobre trabajo de la humanidad ?

Y añadió:

—La humanidad se suicida y construye su tumba. Los desvelos de los sabios y todo el progreso humano tienden a inventar los más diversos y terribles aparatos(cuyo único fin es destruir a nuestros semejantes. Hace mucho tiempo que mi alma volteriana dudaba de Dios. Esta guerra es su negación definitiva.

—¿Pero es, por ventura, la afirmación de la razón?— preguntó una voz.

Era de Queré, que llegaba a reunirse con el subteniente. Y la plática continuó bajo las constelaciones apacibles.

El capitán añadió:

—Usted ve en esta guerra una condenación de mis doctrinas. Yo veo una condenación de las suyas. ¡Esta guerra es la quiebra de la razón! Los estoicos con que usted simpatiza afirman que el mundo se rige por la razón. Su Lucrecio nos dice que para disipar los terrores del alma no hace falta el sol ni el resplandor del día, sino la ciencia y la razón. ¿De qué sirve la ciencia y dónde está la razón?

— Confesemos —respondió Vaissette—que, a despecho de sacerdotes y filósofos, zumba sobre este mundo un viento de locura. Pero quiero esperar aún —porque el escepticismo absoluto es de una candidez demasiado grande— que de esta prueba saldrán hombres que, por haber visto a la muerte de cerca, serán mejores.

—Esta tierra de Francia—afirmó de Queré— ha subido su calvario, a fin de alcanzar las bellezas pascuales de la resurreción eterna.

—Admire usted --subrayó Vaissette— cómo podemos acomodar la realidad del mundo sensible a gusto de nuestras teorias. Nada prueba ni refuta nada. A despecho de la tragedia o a causa de ella, para usted Dios perdura. Para mí, si la razón de la naturaleza vacila, los principios esenciales de mis maestros no sufren lo más mínimo, porque el divino Epicuro enseñaba a sus amigos, sentados en su jar-

dín, una noche tan dulce como ésta, que sólo el acaso, y no un pensamiento divino ni razón alguna, preside el curso de las cosas. Y mi gran Lucrecio ha afirmado con vehemencia la imbécil maldad del universo, que no persigue fin alguno y avanza aplastándolo todo en su marcha.

Entretanto, los zapadores habían ejecutado ya su tarea. La zanja era bastante grande para que se pudieran cobijar en ella y la aurora se anunciaba. El capitán de Queré mandó recogerse a sus cazadores y Vaissette hizo continuar los trabajos de zapa. Cavaban la tierra y la echaban a un lado para formar el parapeto. La galería se hacía bastante profunda para poder ocultarse en ella y disparar sin estorbo y bastante ancha para circular, pero sin ofrecer a los obuses enemigos un campo demasiado amplio en que esparcir sus estallidos. Estos días fueron rudos para Vaissette. Estaba completamente solo y como en una isla desierta, sin contacto con el batallón ni con el mundo de los vivos, solo en su línea avanzada. No se le podía avituallar mas que de noche. Sus cazadores alargaban sin descanso la excavación. Al fin lograron construir una galería que la ponía en contacto con las otras trincheras. La noche siguiente la invirtieron en organizar el parapeto y las estacadas, y luego, por delante, la alambrada. Los centinelas alemanes estaban a algunos metros. Servajac, Angielli, el sargento Batisti y el oficial golpeaban las estacas para hincarlas en el suelo. Para amortiguar los golpes las habían rodeado de pedazos de paño, cortados de las pelerinas y guerreras de los muertos. De una a otra estaca tendían los alambres. Y los cazadores, que no habían dejado de sentir inquietud mientras duró la obra, como marinos demasiado expuestos en la proa de un buque a los embates del mar, fueron recobrando la tranquilidad a medida que la alambrada desplegaba su traición tutelar.

La vida recobró su curso monótomo en la nueva trinchera. La perfeccionaron durante varios dias, y luego cavaron otra a algunos metros por detrás, y cada hombre tuvo su rincón, su refugio, su casa. Pusieron nombre a las galerías, cada vez más numerosas: hubo la galería de Cannebière, en honor del marsellés Angielli; la galería de Horacio, bautizada por Vaissette; la galería Nicolai, en memoria del capitán.

De dia dormian. Los soldados jugaban a los naipes y fumaban largamente, sin hablar palabra. Limpiaban sus armas, escribian a la familia o dormitaban. Las grandes distracciones se las proporcionaban un bombardeo inofensivo o el paso de los aeroplanos, cuyas evoluciones seguian, probando a reconocer bajo las alas luminosas la escarapela tricolor o la cruz negra, y haciendo apuestas cuando los menudos copos de humo ligero lanzados por los cañones los rodeaban de proyectiles. Vaissette redactaba notas, trazaba croquis y planos y hacía acopio de apuntes para el jefe del batallón y el Estado Mayor.

La noche traía siempre consigo sus terrores. El joven oficial aún no se había acostumbrado a ella, después de tantos meses de campaña. La guerra, el deber, se habian hecho para él con el tiempo un cosa más sencilla, menos grande y aparatosa. Consistían únicamente en sostenerse, a toda costa contra todo bombardeo, contra todo ataque, en defender, incrustándose en el suelo, y hasta la muerte, esta pobre zanja confiada a su custodia. Eso era todo.

Desde la caída del crepúsculo, tal idea se aposentaba en su cerebro y lo dominaba hasta que lucian las primeras claridades de la aurora. Espiaba los rumores de la noche. Eran estremecimientos de la hierba, canciones lejanas, el ir y venir de los encargados del avituallamiento en las galerías, una descarga brusca, un cañoneo inesperado. No se atrevia a dormirse. Estaba solo en su puesto, donde chorreaba el agua. No tenéa sosiego. Recorría la trinchera. Iba a pasar revista a los centinelas que vigilaban por las troneras, avanzaba hasta un puesto de escuchas que se metía casi en la línea enemiga. Tranquilizaba a los que estaban de acecho y que cada instante creían oir los pasos de un patrulla alemana.

Luego, durante días enteros, estuvo diluviando. Fue un intolerable y largo tedio. El agua calaba todas las ropas. Vivian en un ambiente de humedad que les impregnaba la piel y los músculos. Los soldados se desanimaban; tan impotentes se sentían contra la hostilidad de los elementos. Andaban con fango hasta los tobillos y había sitios en que se hundian en él hasta las rodillas. La tierra sudaba una sangre amarillenta. Cavaron agujeros de desagüe, luego sumideros. Todo inútil, porque la lluvia no paraba y el agua iba subiendo en la trinchera, infiltrándose en los refugios y ganando de galería en galería todas las lineas. Fluía del declive de una trinchera de ataque que parecia

una fuente y llegó a ser como un río que acarreaba mochilas, vigas y cadáveres descompuestos desenterrados por el agua. La niebla, ahora, prolongaba la noche. Parecía que fuese a volver el otoño y a continuar sin interrupción la obscuridad con todas sus emociones. La lluvia menuda y la niebla ahogaban toda claridad. No se veía más allá de la alambrada. Al mismo tiempo las artillerías eran ahora más activas. Los grandes obuses pasaban continuamente por los aires, sin dejar un momento de reposo. El avituallamiento se hacía con dificultad. No se podía dar paso por las galerías. El fango aprisionaba los pies, se pegaba a las suelas, salpicaba a los rancheros, que llegaban cubiertos de una coraza de tierra, chorreando y trayendo una sopa que no podía comerse. Las horas se hacían siglos, aunque no por esto dejabn de transcurrir. Los soldados tiritaban de frío. Se sentaban en un escalón de arcilla, con los pies en el espeso líquido de la zanja. Se abrigaban con cobertores tan mojados como las ropas. ¿Qué hacer?..... Dar algunos pasos para distraerse...... Mirar la bruma nocturna.

Ha pasado la noche. El día es casi tan obscuro, tan triste, tan húmedo, tan frío y tan largo como ella.

A retaguardia, muy lejos de las trincheras, ¡hay casas con suelos de madera encerada, con alfombras, chimeneas y camas con colchas! ¡hay jardines cuyos árboles en flor calienta el sol!......

Bajo la llovizna continua, los más habladores se callan. La trinchera tiene el silencio de los cementerios cuando llueve. Los soldados bajan la cabeza dócilmente ante el bombardeo y ante la lluvia, con los pies helados y los hombros caídos. No tienen una palabra de protesta. Diríase que están ya hechos a esta vida. No piensan en nadie ni en nada. Aguantan sin extrañeza la caída torrencial del agua lo mismo que el desarrollo de los acontecimientos que van más allá de sus alcances. No tienen ya voluntad. No tienen tampoco deseos. Les falta el entusiasmo y la fe inconsciente de los primeros tiempos, pero no sienten pesar por verse allí ni alimentan la esperanza de retornar a sus hogares. Se curvan bajo el yugo, como una yunta de bueyes domésticos. No reflexionan. Aceptan esta existencia y no piden que cambie.

—Le digo a usted que la patria ha hecho este milagro—afirma el capitán de Queré—. Ella los ha amoldado a las exigencias de la guerra.

Vaissette, en el fondo, es de la misma opinión. El capitán añade:

—Se han resignado. Han adquirido la resignación que el catolicismo nos enseña.

Vaissette responde:

—Se han resignado. Compruebo el hecho sin sacar deducciones.

De Queré concluyó:

—El cristianismo es la expresión más alta del pensamiento y la regla de vida más práctica en todas las ocasiones.

Y Vaissette —¿qué otra cosa podrían hacer en la trinchera?— se pone a discutir:

—Lucrecio y su altiva filosofía nos han enseñado el secreto de la existencia. Los hombres son animales que se resignan. Aceptan lo que quiere el universo, lo que quieren los que los dirigen y nosotros no nos diferenciamos de esta humanidad pasiva. Usted señala como motivo de nuestra resignación la doctrina cristiana, que recomienda la humildad y la adoración de las incomprensibles voluntades celestes. Yo atribuyo la mía a mi sumisión a las leyes misteriosas del destino y de la razón. Sería una estupidez rebelarse, y quejarse, una cobardía. Mi doctrina es la de los estoicos, la de Zenón, Catón y Lucrecio. La de usted es la de Boussuet, Fenelón y Pascal. El resultado práctico es el mismo, porque el alma humana no varía. Ya se busque a nuestra conducta una explicación natural, ya una causa divina, se llega siempre al mismo resultado: nuestra pasividad. Estos extremos se tocan. La humanidad está dividida en dos bandos: el de los que creen y el de los que dudan, pero la conducta de unos y otros no difiere en nada. Explique usted el mundo como quiera: seguramente que nos perderemos en especulaciones. Yo no sé mas que una cosa: nuestros hombres y nosotros defendemos la trinchera.

El viento había soplado tan fuerte aquella noche, que barrió como las hojas muertas de una alameda brumas y nubes. Las estrellas resplandecieron. Al amanecer salió el sol.

La víspera, dos compañías del 36º batallón de cazadores habían dado el asalto contra un fortín enemigo demolido por la artillería francesa, y cuyo saliente, armado de ametralladoras, era una amenaza para nuestras líneas. Había cadáveres tendidos entre las trincheras. Por encima del parapeto o a través de las troneras se les veía tumbados. Los resplandores de rosa de la auro-

ra bañaban sus ensangrentados uniformes. No se oían ya disparos. Era un espectáculo de tristeza infinita el de estos cadáveres rociados de luz por los primeros fuegos del día.

—He ahí —pensó Vaissette— la triste vegetación de esta llanura.

Y el súbito estallido del ardor y la luz primaverales no conseguían alegrarle el alma.

Pero de pronto sintió un roce de alas, un piar ebrio de pájaros. Eran unas alondras que alzaban el vuelo por detrás de los cadáveres y se lanzaban hacia el diáfano azul. El campo mortuorio aún sustentaba pájaros. El cementerio seguía siendo, a pesar de todo, una pradera.

Y Vaissette, con el alma aliviada, contempló el vuelo de las alondras en la luz.

CAPITULO VIII

EN EL ACANTONAMIENTO

El relevo tuvo lugar después de las dos de la madrugada. La compañía salió de las galerías, que formban un laberinto, una verdadera ciudad subterránea, cuyas calles se cruzaban y se ramificaban hasto lo infinito.

Los cazadores caminaban con la celeridad que les consentía el barro pegando sus zapatos al suelo. Tenían ansias de dejar la trinchera maldita, una ansia tal, que el miedo hacía presa en ellos como una reacción contra un mes de sumisión heroica pero un poco insensata, terrible. Estaban, sin embargo, medio dormidos, tenían el espíritu pesado, tan pesado como su cuerpo por la costra de fango que les cubría. Marchaban en medio de la noche, que apenas era turbada por el chapoteo de sus pasos en los charcos, los juramentos quedos, el trepidar de los objetos de equipo o de las bayonetas que chocaban unas con otras.

En el momento en que la noche empezaba a desvanecerse dieron vista a una calzada: una ancha carretera orlada de troncos de árboles derribados por los obuses. Los árboles decapitados no eran ya mas que postes de diversa altura destinados a sostener los innumerables hilos telegráficos que unían entre sí a todos los Estados Mayores. La triste carretera estaba pavimentada. Los cazadores hacían crujir sus botas sobre este suelo inmóvil que no se hundía bajo sus pasos. Experimentaban una indecible sensación de seguridad. Pero sus ojos se perdían en el horizonte desmochado, sin la más pequeña elevación, entre los eternos campos de remolacha o trigo. Extrañaban el no encontrar las cumbres de sus paisajes. Esto les desconcertaba, los tornaba taciturnos, les hacía la impresión de ser náufragos perdidos arrojados a una costa que no conocían.

La columna avanzó así pesadamente. Angielli bromeaba con las tropas que encontraban al paso: tropas de infantería de línea que regresaban a las trincheras. Insultaba a los artilleros que conducían sus piezas, a los conductores de los carros de avituallamiento o de los armones de municiones. Era un desfile interminable.

Se tropezaban con uniformes de todos colores y de todas hechuras. Las razas de los cinco continentes parecían haberse dado cita en la calzada flamenca. Eran cañoneros con sus baterías ligeras o pesadas, secciones de auto-cañones, dragones que escoltaban a prisioneros de facha lamentable, tiradores marroquíes, marinos, un regimiento de indostánicos. Carabineros y lanceros belgas, ayudados por nuestros territoriales, reparaban la carretera estropeada. La borla de su gorro de cuartel agitándose a cada uno de sus movimientos les daba, a despecho del paisaje, la traza de los guerreors de una ópera cómica de 1830. Un largo convoy de ambulancias conducía a retaguardia a los heridos.

El batallón atravesó un pueblo. Aún había allí paisanos. Vaissette contempló absorto a estos seres que no tenían aspecto militar. Unas mujeres miraban pasar a los cazadores y extrañaban sus boinas.

—Son soldados de las colonias— explicó una.

—Son marinos—replicó la otra.

—Se han quitado el pompón rojo, que era muy llamativo (1).

Las mulas que llevaban los equipajes y municiones de los alpinos, al desfilar plácidamente, con las orejas gachas y sus largas cerdas pegadas al cuerpo por el fango, obtuvieron un gran éxito de curiosidad. Rara vez habían visto animales de estos los campesinos de Flandes.

(1) Los marineros de la flota francesa llevan una borla de seda roja sobre la gorra.

Se detuvieron unos instantes a la salida del pueblo. Vaissette entró en una taberna. No se podia ver nada en la habitación humosa y negra. Encontró alli hasta treinta personas que habían abandonado sus pueblos. sobre ellos caían noche y dia los obuses, y se obstinaban en vivir allí, en las proximidades de su casa derruída. Toda una humanidad ignorante de los acontecimientos, miserable y hambrienta, reía aún, metía ruido y bebía como en una **kermesse** interminable. En la cuadra, una muchacha que había perdido a sus padres tosía, tendida sobre un montón de paja húmeda, y la tos enrojecía sus mejillas febriles y hacía subir a sus pobres labios descoloridos un hilillo de sangre.

El batallón penetró en Langebush. El acantonamiento no estaba resguardado completamente de la artillería gruesa enemiga. El pueblo alzaba bravamente al cielo su campanario demolido y sus paredes destrozadas. Pocas casas habían quedado en pie; sus techumbres se desplomaban como bajo la acción combinada de un cataclismo súbito y del trabajo de los siglos. Parecía que se atravesase una ciudad muerta como Pompeya. El vecindario no se dejaba ver. Sólo se encontraban escombros, vigas calcinadas y montones de piedras.

Asignaron a la cuarta compañía como sector de acantonamiento dos cortijos a la entrada de Langebush. Los cazadores se instalaron como pudieron. Corría el rumor de que estarían alli ocho días, a fin de descansar y poner orden en las cosas del batallón, y que no tornarían a las trincheras sino para dar el asalto.

De Queré fue a buscar a Vaissette. Los soldados se habían alojado rápidamente en los graneros, y tumbados en el suelo, recubierto de paja, no tardaron en dormir como bestias. El capitán no había perdido el tiempo. Había descubierto, a cien metros de la carretera, en pleno campo, un cortijo de paredes blancas y persianas verdes. Su fachada, escondida tras unos manzanos en flor, brillaba herida por el sol.

La cortijera hizo bastantes remilgos antes de admitir en su casa a estos hombres greñudos y sucios. El cobre brillaba en la cocina y todas las piezas de la casa relucían de puro limpias. Tenía una criadita que frotaba el piso de madera a cada paso que daba el capitan, para quitar el polvo y la señal de las pisadas. Había relegado a un lavadero a sus criados, hombres, mujeres y niños, para que no manchasen sus habitaciones. Fue preciso para que consintiese en alojar a los oficiales de la división, de Queré, Richard y Vaissette, la promesa de algunas cantidades de café y azúcar, la buena voluntad visible de los asistentes, que juraban que si no les admitían prenderían fuego a todo, y por último, los atractivos y modales de gran señor del capitán. Al fin, se ablandó la matrona. Ella se retiró al lavadero con la servidumbre. El hogar calentaba una inmensa cafetera, de la que de cuando en cuando sacaban un tazón. En la casa, que saltaba de limpia, se instalaron los oficiales. Era un acantonamiento ideal. Podrían almorzar y comer a sus anchas en el comedor, decorado con antiguos muebles flamencos. Tendría cada uno una alcoba con una cama y sábanas limpias para acostarse. Tal perspectiva bastaba para enternecerles.

Los oficiales se sentaron a la mesa. Estos días iban a ser un respiro. Sin embargo, la idea de la muerte no les abandonaba. El estrépito continuo de los cañones se las ponía siempre delante, así como el anuncio del ataque próximo. Alrededor de la casa, el terreno, en el que crecían las remolachas y lozaneaba la grama, estaba todo laborado por los obuses, agrietado por los hoyos de los proyectiles, lleno de charcos, todo empapado en sangre. El sosiego de estas horas de reposo no era obstáculo para que recordasen los sufrimientos pasados y temiesen el próximo esfuerzo, lejano todavía, pero inminente ya como una condena. Su amenaza les oprimía, pesaba sobre todos sus gestos y pensamientos.

—¡Pero si están ustedes aquí hechos unos señores! —exclamó de pronto una voz—. ¡Y pensar que en París les compadecen!

Era Luciano Fabre que se incorporaba a su compañía. Su emoción fue profunda y no menos la de sus camaradas. Les traía una bocanada de primavera y juventud, un poco del aire de fuera. Hablaban todos al mismo tiempo. Luciano sabía por las cartas de Vaissette cuanto había pasado en el batallón. Y sin embargo, todo le asombraba y le parecía nuevo. Solamente el estampido de los cañones le recordaba la compañía, le hacía saltar el corazón con un deseo de actividad.

—¿Y qué se dice por allá? —le preguntó Vaissette.

¡Allá era el interior del país, allende la zona de los ejércitos, en aquella región misteriosa en

que los hombres no se batían! Luciano comprendió el estado de ánimo de estos guerreros. Era el de los marinos aislados del mundo a bordo de sus buques. Todas sus palabras se refieren a las cosas de a bordo. Y hablan de la tierra como de una costa remota, de la que les separan los espacios del Océano y largos meses de travesía.

—Llega usted oportunamente —le dijo el capitán de Queré—. Al fin, vamos a tomar una ofensiva. Será duro.

—No será nunca más duro que el asalto de Laumont— afirmó Luciano.

Sus compañeros no le respondieron, pero se mostraban preocupados. El capitán extendio el brazo hacia la línea de defensa, y repitió:

—Será duro.

—¿Tan bien organizados están?— preguntó Luciano.

—Es de creer que tienen el genio del método —declaró de Queré—. Este espíritu de orden era antes el don de las naciones latinas. Lo habíamos heredado de Grecia, que lo introdujo en el dominio moral con Fidias y Platón, y de Roma, que lo introdujo en el orden político con Cicerón y Augusio, con sus oradores y procónsules, constructores de sociedades y de caminos. Nosotros lo conservamos hasta el triunfo de la Revolución, y supimos hacer uso de él en beneficio de la humanidad. Prusia estudió en nuestra escuela; pero ha puesto su poder de organización, no al servicio de la belleza moral, sino al servicio de la fuerza. Por eso es formidable.

Iluminóse la mirada soñadora del capitán.

—La batalla será terrible. Pero nuestro país y su genio son eternos. La gracia no nos faltará. ¡Venceremos!

—¿La gracia?—preguntó Luciano.

Veía con asombro que Vaissette no protestaba.

—Hemos reflexionado mucho sobre esta guerra en las trincheras —respondió el capitán—, como usted sin duda durante su convalecencia. Y hemos llegado Vaissette y yo a la misma conclusión. Hela aquí: en apariencia, es el acaso el que rige el curso de ls hostilidades; en realidad, es un milagro el que dispone la larga sumisión de nuestros hombres y su ímpetu en el instante oportuno; y es un milagro el que decide la victoria. Yo creo que este milagro es una gracia de Dios. Es la gracia de los teólogos, así de Molina como del autor de las **Provinciales** (1). Hay una gracia suficiente otorgada a todos los hombres y a todos los pueblos: al nuestro toca aceptarla. Hay también una gracia actual, una inspiración súbita de Dios, que nos la envía en la hora crítica para que podamos cumplir su voluntad. Esta gracia es su milagro en favor de la tierra francesa.

—No creo —repuso Vaissette — que la acción divina intervenga en la historia humana. Lo sobrenatural no existe para mí. Creo, sin embargo, en un milagro del destino, en una gracia permanente que posee la tierra. Quiero decir que lo que nos parece milagroso como las victorias de Denain o Valmy, que salvaron a Francia, es en el fondo un fenómeno normal, cuya razón no se nos alcanza. Esta razón es la voluntad del suelo de continuar siendo francés.

Y continuó:

—Acepto sin sorpresa, como un estoico, cuanto sucede y es permitido por el destino. El destino quiere que haya patrias. De las entrañas de nuestra tierra hizo surgir un día el genio de Moliére, otro la columnata del Louvre, otro la fé de Juana, la pastora lorenesa, otro la obscura sumisión de nuestros hombres que quieren morir. La patria se defiende. Su instinto le hace producir, según la necesidad, una generación de pensadores o una generación de soldados. Se cumple un milagro permanente, un milagro de la tierra y del pueblo. Es una gracia de todos los tiempos que se manifiesta en su plenitud, en las épocas de crisis. Ya provenga de nuestras montañas y de nuestros ríos, es decir, de este suelo y de sus destinos, ya emane de una potencia divina de este suelo y más allá de estos destinos, el milagro es idéntico. El capitán de Queré acaba de decirlo: "La gracia no nos faltará" ¡Vencemos!

Con tan graves pláticas afirmaban estos hombres sus teorías, sus conceptos de la patria y de sus exigencias, su aceptación del deber, después de largos meses de lucha, al día siguiente de tantos sufrimientos y en la víspera de un supremo acto de sacrificio y fé.

—Estoy deseando ver de nuevo a mis cazadores— declaró Luciano.

Vaissette le llevó a los dos cortijos en que se alojaba la compañía. Precisamente había ordenado una revista de prendas y armamentos: ingrata pero útil tarea de la vida de cuartel. El aseo era difícil de conseguir. No

(1) Pascal.

hay cepillo que pueda contra el barro de las trincheras y contra el agua negruzca que se encharca en los patios de las casas flamencas. Hay agua en todas partes, menos en los pozos, que cada mañana dejan vacíos las bombas de los aldeanos. Los uniformes flamantes de los primeros meses habían pasado ya a la historia. El dueño de la finca, molesto por tener que alojar a toda esta tropa, sin comprender aún por qué se batían y por qué los obuses le mataban el ganado y le revolvían los campos, había desmontado la bomba y quitado la cuerda del pozo. Estaba riñendo en aquel momento con Angielli, que hablaba nada menos que de darle una cuchillada.

La llegada de Luciano restableció el sosiego. Los veteranos se agruparon a su alrededor. No eran muchos. Con la llegada de los sucesivos refuerzos, la partida de los heridos, la evacuación de los enfermos y los muertos, la compañía había cambiado por completo. De los primeros cazadores sólo quedaban unos veinte, a lo sumo. Pero su espiritu subsistía, como también sus hábitos y su tradición.

Precisamente acababan de llegar del depósito con destino al acantonamiento algunos hombres nuevos: campesinos del Del finado y de los Pirineos, que en nada se diferenciaban de Rousset o de Diribarne, muertos en el campo de honor. De suerte que la presencia de los montañeses y de Angielli, Servajac y Girard, su asistente, hacían en Lucionado la impresión de mandar la misma tropa. A lo sumo, encontraba a sus cazadores más lentos, más sumisos, más pesados.

—Ya sabíamos que usted estaría aquí para el golpe decisivo —le dijo el cabo Gros.

Tal confianza, expresada de este modo, le fue grata. Pero sintió algo de tristeza al observar que sus cazadores estaban todos dominados únicamente por el pensamiento de tal ataque.

Algunos se habían esparcido por los acantonamientos inmediatos. Se paseaban ociosos, arrastrando los pies, y penetraban en las tabernas para comprar ese suave tabaco belga que arde en las pipas con un olor a paja o melaza. Trataban de entablar conversación con dos o tres mujeres, imponentes maritornes rubias, cuyo lenguaje no podían entender: y esto les hacía reir.

Otros, más tranquilos, limpiaban sus armas, se arreglaban las guerreras o escribían a sus casas. Habían adquirido ya la costumbre de escribir cartas y no les costaba trabajo como antes. Otros leían un periódico que les indignaba y proferían duras expresiones contra los paisanos que viven a retaguardia. Estos no salen ganando nada cuando se les juzga por los periódicos, de igual modo que los humildes héroes de las trincheras no pueden ser comprendidos al través de las informaciones de nuestros pobres rotativos. La guerra tiene otra tristeza y otra grandeza que no conocen los periodistas.

—¿Y Margarita?— preguntó Vaissette a Luciano.

Retornaban ambos lentamente hacia la casa blanca que se ocultaba tras los manzanos en fl. r. Descendía la noche, de una dulzura infinita.

Luciano Fabre confesó:

—La guerra me parece ahora mucho más penosa.

Vaissette le dijo:

—Evidentemente, el drama es más profundo para ti. Pero en el mismo caso están casi todos nuestros hombres. Han dejado allá lejos su hogar.

El teniente Richard les alcanzó en el camino. Volvía de pasar también revista a su compañía. Era un negociante de Tolón. No poseía ideas morales ni políticas, pero era una persona excelente. Tenía el tipo burgués del tiempo de Luis Felipe que ha leído a Voltaire y es conservador por naturaleza. Pero en Francia duerme siempre algo de la gran alma de Don Quijote en el fondo interno de estos Sancho Panza. Con su figura marcial, se lo imaginaba uno mejor en babuchas que con botas. Pero su conducta desde su llegada a la línea de fuego suscitó la admiración hasta del capitán de Quére.

El teniente Richard dijo:

—Es nuestro hogar lo que venimos a defender. Tengo el sentimiento de que es así, aunque pueda parecer en el primer momento paradojal.

—¿Y por qué paradojal?— preguntó Vaissette.

—Se podría creer —respondió Richard— que una victoria de los alemanes no perturbaría en lo más mínimo el orden de mi casa en Tolón. Seguramente no disminuiría la ternura que mi mujer siente por mí, ni alteraría en nada mis asuntos. Al exponer mi vida, corro, al contrario, el peligro de que mi hogar se deshaga. Y sin embargo una voz interior me dice que me bato para protegerlo.

—Tiene usted razón —asintió Vaissette—. La guerra surgió

en el mundo por la defensa del hogar. El primer hombre que arrastró una piedra hasta el umbral de su caverna para impedir la entrada a los animales feroces o a sus semejantes, más feroces aún, fue el que creó la primera fortaleza y rompió primeramente las hostilidades. Este mismo impulso de instinto y de razón es el que lanza al hombre a defender, después de la caverna, su casa, su ciudad y su patria.

Luciano Fabre insintió:

—Velamos por la salvación de lo que realmente constituye nuestro hogar: no solamente por los seres que lo componen, sino también por el aire que en él se respira, por la lengua que en él se habla, por la paz doméstica, la historia de los antepasados muertos, el hermoso paisaje que lo rodea, y hasta por el buen pan de Francia que nosotros nos comemos ahora y por el vino claro que no bebemos nunca.

El joven comprendía ahora todas estas cosas porque había amado.

Vaissette cerró la plática con estas palabras que pronunció con voz más cálida, lleno de exaltación:

—No existe, pues, más que un conflicto aparente entre el interés de la familia, que quiere retenernos para ella, y el de la patria, que nos quiere para la línea de fuego. Y aun cuando hubiera habido un conflicto real, habría deseado que esta guerra nos condujese a comprobar que existe un deber que está por encima de nuestro sosiego egoísta y de la dicha de los seres que amamos. Y esto es lo que ha ocurrido. Formamos parte de una generación que se sacrifica. Los esposos apasionados sienten en ellos un poder más violento que el de su amor. Los padres afrontan la muerte y dejan a sus hijos para luchar por la tranquilidad de sus nietos que no conocerán. Los vivientes se inmolan por los que ni siquiera tienen aún una esperanza de vida. Nunca la humanidad fue tan grande ni se encumbró a tales alturas.

Los dos oficiales escuchaban a Vaissette pensativos. Luciano oía en su interior la clara risa de Margarita. Evocaba las tiernas noches pasadas, los redondos hombros y el amplio regazo de su amante. Richard recordaba su hogar, su bella y animosa mujer a la que tanto amaba, la intimidad de las cosas familiares, los muebles que desde su casamiento habían sido testigos del curso monótomo y grave de las horas, la sagrada costumbre de sus amores, a la vez fraternales y violentos.

Sentía ansias de contar a estos extraños su matrimonio, las triviales luchas de su vida, la distribución de su casa. Pero se contentó con enseñarles el retrato de su mujer. Y todas estas confidencias recíprocas, todos estos decires locuaces, adquirían cierta grandeza, porque estos hombres sabían que dentro de algunos días, la noche siguiente al ataque, no se volverían a encontrar los tres juntos. Algunos y acaso todos caerían en el campo del sarificio y del honor.

Habían llegado a la quinta en que el capitán de Queré les aguardaba. Se sentaron en un banco, bajo los manzanos. El aire nocturno estaba lleno de tris teza y dulzura.

—Decíamos —le explicó Vaissette— que no se vive verdaderamente el drama de la guerra sino cuando se ama. ¡Miserable humanidad que sufre deberes más imperiosos que los deberes del amor! La tragedia de los acontecimientos de esta época nos enseña que nos están vedadas las esperanzas a larga fecha. Vuelvo a mi querido Horacio, que decía a Sextio:

Vitae summa brevis spem nos vetat inchoare longam.

La guerra nos hace ver la humada verdad de su doctrina, inspirada en grandes ideas: la indiferencia de la Naturaleza para con nosotros, la dignidad del hombre, el desprecio a la muerte. Conocemos ahora lo frágil de nuestras felicidades pasajeras, los caprichos de la fortuna; y hemos aprendido a ver venir nuestro fin próximo con una voluntad tranquila y una inteligencia soberana.

—Hemos visto ya —concluyó el capitán de Queré— las fealdades y bellezas de la guerra. Ha sido menester el retorno de esta barbarie sublime para que supiésemos aún morir por una idea. No so yprofeta ni sé si vendrá un tiempo en que el hombre no sea, como ahora, perezoso, brutal, ambicioso y violento, y en que, reinando de consuno la civilización y la justicia, dejará de haber guerras. Ignoro si llegará a brillar el día en qne todos los pueblos de este planeta, habiéndose percatado de su miseria infinita, consagrarán sus desvelos únicamente al progreso de las artes y a la armonía entre las patrias. Entretanto, los santos horrores de las batallas enseñarán a los pueblos las virtudes del sacrificio, del entusiasmo y de la sumisión.

CAPITULO XIV

LOS PRISIONEROS

Vaissette y el capitán de Queré contemplaban el paso por la carretera de un convoy de prisioneros.

Tenían un aspecto lamentable. Marchaban cabizbajos, avergonzados de su cautividad. Se movían pesadamente, con las botas llenas de agua. Un mismo estupor agobiaba sus fuertes espaldas y se estampaba en sus rostros cubiertos de vello rojo y en sus ojos esquivos. Llevaban trajes desgarrados y manchados de fango. Ninguno ostentaba el famoso casco gris tan odiado de nuestros hombres, sino unas gorrillas sin viseras que no tienen la menor traza de gloria. Se hubiera dicho un rebaño humano.

Detúvose la escolta de gendarmes. Un suboficial hizo entrar a la manada en una granja. Los cazadores miraban sin odio a estos enemigos.

—Me dan lástima esos hombres— dijo Vaissette.

—La guerra—afirmó de Queré— es un gran dolor. Todos somos hermanos en Jesucristo.

—Y sin embargo —continuó Vaisette—, los odio. Quisieron asombrar al mundo con sus crímenes, y lo han logrado. Se entregaron a una embriaguez de destrucción y han cometido prácticamente, en plena lucidez, horrores que sólo pudiera excusar una embriaguez verdadera. Alemania era un foco de civilización; contribuía con su trabajo al progreso del espíritu humano. Y de pronto, aplicando todo su genio al furor de exterminio y destrozo, nos ha retrotraído a las épocas bárbaras, ha hecho triunfar a los poderes de desequilibrio y desorden, ha hecho que la humanidad retroceda. Existía, sin embargo, una Alemania como la que vio Madame de Stael. Profesores de gafas doradas, propensos a la risa, se reunían, de sobremesa, en las apacibles ciudades de Turingia o de Sajonia, para hacer múscia y beber cerveza. Había pesadas matronas rubias que practicaban el culto del hogar. Los jóvenes se paseaban todavía, el domingo, bajo los tilos embalsamados de las orillas del Rhin. Werther y Carlota no habían muerto del todo en Germania. Podíamos creer en una paz eterna. Podíamos creer por lo menos en una guerra leal. Y han cometido todas las felonías y se han dado tal maña para sacar de la guerra todas sus consecuencias y todas sus manifestaciones de horror, que se han deshonrado. Han hecho resucitar a la barbarie. Los odio porque su guerra es un atentado a la cultura del mundo.

—No se exaspere usted, Vaissette —le dijo el capitán.

Su semblante estaba lleno de gravedad y su mirada se perdía en el horizonte. Sentía en lo más hondo de él la íntima tristeza que experimentaba el joven oficial por todos sus ensueños frustrados. Vaissette añadió:

Nunca fue el hombre tan duro para el hombre como lo es ahora. No puedo ya creer en el progreso. La humanidad es peor que nunca.

—No olvide usted la Historia —objetó de Queré—. No somos mejores ni peores. Somos semejantes a los que vivían en tiempos de Pericles y del Dante, épocas trágicas en que se concibieron cosas inmortales. No hemos sabido ni querido aún alumbrarnos con la luz de Aquel qeu es el Sol de Justicia. Paciencia, ya llegará la hora. No se desanime. Y sepa que estamos trabajando para que esa hora llegue pronto.

Luego continuó:

—Esta guerra maldita infundirá a los que la hayan vivido el anhelo de una mayor dulzura en las costumbres y en el espíritu. Este siglo nuestro ha sufrido tanto dolor y lo ha soportado con tanta nobleza, que podrá descubrir algunas verdades. No se consiguen las verdades mas que con el sufrimiento y el corazón. Todas las cosas del talento son estériles. Sólo las cosas lel corazón son de una realidad fecunda.

—Así —dijo Vaissette—, no en vano vencerá Francia, y no en vano moriremos nosotros.

—Tengo la certeza de ello—le respondió el capitan—, ya que usted no cree, como yo, en la resurrección. No se avergüense, pues, de sentir piedad por esos prisioneros, aun odiando como odia a nuestros enemigos. ¡Están desarmados!

—Mire usted a nuestros hombres —dijo Vaissette—; sienten curiosidad y no rencor hacia ellos. Comprenden que tienen delante a unos hombres dignos de compasión, que fueron al sacrificio con una grandeza de alma poderosa y resignada como la suya. La desgracia de estas

generaciones es que, al matarse resignadamente, comprenden lo que hay de noble en el adversario. Nuestros cazadores reclaman hecatombes de enemigos y no distinguen entre los directores y el pueblo, pues los execran igualmente. La patria les inspira: son sus héroes y sus vengadores. Pero esto no les impide sentir que lo que los separa de sus enemigos es un **odio pasajero**, mientras lo que les une, o sea su miseria y su servidumbre, es eterno. En lo más hondo de su alma les absuelven, del mismo modo que la tierra, que ha creado sin embargo las patrias, recoge en su seno los cadáveres de todos los enemigos.

—Y yo también —dijo de Queré— perdono a esos hombres que, como los nuestros, han tenido el valor de morir. Han muerto por una causa injusta. Pero creían en ella y han muerto como creyentes. Cierto que han resucitado la barbarie y los crímenes de los tiempos pasados. Pero se han lanzado a la matanza con una fe sombría, resignada, pasiva, temblorosa y sumisa, que me inspira, como a usted, respeto y piedad.

Se había detenido delante de ellos una ambulancia. Los camilleros bajaron del vehículo con infinitas precauciones a un oficial alemán herido.

—Dos balazos en el vientre— explicó a los oficiales un enfermero—. Ya está arreglado.

Era casi un muhacho. Su rostro estaba livido y en sus grandes ojos azules se extinguía la luz.

El capitán y el teniente se aproximaron al herido, y le dijeron algunas palabras de aliento. El oficial prusiano parecía no entenderles.

Vaissette le habló en alemán, y entonces el herido sonrió débilmente. Hizo un esfuerzo visible para hablar, y dijo:

—¡Triste guerra, señor!

Y tornó a sonreir.

Tales palabras eran lamentables en labios de este moribundo.

El capitán tuvo un rasgo sublime. Le tomó las manos y las estrechó entre las suyas, como para ayudarle a bien morir. Un poco de baba sanguinolenta subió a los labios del prusiano. Repitió dulcemente, como una melopea:

—¡Triste guerra, señor, triste guerra!......

Vaissette le hablaba muy conmovido, y le dijo:

—Le cuidarán a usted bien en El Mediodía de Francia.

Pero el prusiano sacudía su pobre cabeza; para dar a entender que no se hacía ilusiones. Había bajado los párpados.

De pronto tornó a abrirlos: su mirada se inflamó en una lumbre última. Y se obstinó en repetir con un murmullo apagado:

—¡Tritse guerra, señor, triste guerra!

CAPITULO XV

EL ASALTO

Cuando el batallón salió de Langebush y empezó a marchar por la calzada para tornar a sus trincheras, los cazadores se sintieron poseídos de una tristeza sombría. Ignoraban, sin embargo, que estaban en vísperas del sacrificio supremo.

El comandante había convocado a los oficiales para advertirles: "Atacaremos mañana al mediodía en punto. Objetivo: las trincheras enemigas, a doscientos metros de las nuestras. No digan nada a los soldados hasta mañana por la mañana." Pero los soldados presentían la tragedia. Y miraban con aire temeroso las casas del pueblo, sobre las cuales caían ya la noche y la bruma. ¿Volverían a ver estas casas? Su marcha era una marcha a la muerte.

La marcha fue larga. Al fin torcieron hacia un campo. Un sargento de infantería y dos soldados les aguardaban allí para servirles de guía al través de la red de trincheras hasta las posiciones de ataque. Penetraron en la primera galería y experimentaron de pronto la impresión de que descendían al sepulcro. No participaban ya de las cosas del mundo; acababan de transponer el umbral de la nada.

—¡Aquí es! —dijo el sargento después de media hora de marcha.

Uno tras otro se internaron los soldados en el hórrido foso.

—Gracias— contestó Fabre.

Los soldados de infantería de línea a quienes relevaban se retiraron en silencio. Los oficiales se comunicaban la consigna. Vaissette exploró el sector: cien metros de largo. Contiguo estaba el del capitán de Queré. Este colocaba por sí mismo los centinelas y los escuchas.

Retumbaban los estampidos de ambas artillerías. Cambiaban su sproyectiles con una re-

gularidad de ritmo largo. Se hubiera dicho que respiraban.

Fabre se había reunido con de Queré, Richard y Vaissette No pensaban en dormir. De buena gana lo habrían hecho: pero ¿cómo dar unas cabezadas siquiera en estas horas terribles y lúcidas que son las horas supremas de vuestra existencia? Los soldados estaban también todos despiertos. Unicamente, en un refugio próximo, se había adormilado el oficial encargado del mando de las ametralladoras. No había de tomar parte en el ataque del dia siguiente. Luciano le tuvo de pronto una envidia horrible. Pero al punto se avergonzó.

—¡Qué largas se hacen las horas!—dijo.

Habia sentido un gran temblor en todo el cuerpo.

Nadie le respondió. En aquellos momentos no tenían ya ganas de hablar. Era el minuto solemne en que cada cual arregla las cuentas con su conciencia o con su fé.

Luciano Fabre hizo pedazos dos cartas de Margarita para que nadie las pudiera leer después de su muerte. La llamita de una bujia consumió esos trozos de papel.

Richard declaró en confianza a Vaissette: "Esto será menos duro de lo que parece." Engañaba así a su flaqueza con tales palabras, que eran de una ironía lamentable.

Vaissette escribió a su madre la carta que habian de encontrar sobre su cadáver. Deciale en ella, con certidumbre y serenidad: "Muero dichoso de morir por Francia." De Quéré fumaba [illegible] a la puerta de su refugio. Tenía el alma llena de luz. Permaneció allí con Richard. Vaissette y Fabre volvieron a su reducido puesto de mando. Por una y otra parte se hacía más amplio el bombardeo.

Y se produjo de nuevo el tumulto de las grandes batallas. Apenas si podían ya entenderse.

—¡Si supiesen ellos —murmuró Luciano al oíd ode Vaissette —lo terrible que es!

Ellos eran todos cuantos no habían visto la guerra, cuantos se figuraban apenas los sufrimientos de la campaña; eran aquellos que tienen en sus manos los destinos de los pueblos, todos por los cuales iban a morir.

Amanecía.

Luciano llamó a los jefes de las secciones y les dió órdenes para el ataque. Luego se puso a recorrer sin descanso su galería. Apenas podia hablar. Contentábase con sonreir a este cazador y dar un cigarillo al otro. Los soldados también habían puesto en órden sus papeles. Servajac, silencioso como siempre, revolvía un montón de cartas antiguas, ya sucias. Buscaba algo, que encontró al fin. Era su retrato. Lo sacó de entre los papeles, y con un gesto espontáneo, se lo dio a su oficial. Angielli cogió con timidez la mano del teniente a su paso y se la estrechó largo rato.

Trabajaban para distraerse. Eran las seis de la mañana. La espera se hacía larga. Vaissette, para matar el tiempo, contaba con un sargento los obuses que caían sobre su alambrada. Unos soldados reforzaban la plataforma, los peldaños de partida, desde los cuales habían de saltar sobre el glacis acribillado de estallidos. De tiempo en tiempo les salpicaban la tierra y los guijarros removidos por las explosiones.

En Lontananza, Langebush ardía bombardeado por las piezas de largo alcance. Vaissette con los gemelos veía las llamas que salían de la iglesia parroquial, del Ayuntamiento, de los mercados. Se acordó de la casita blanca, oculta por los manzanos en flor, en la que habían estado alojados.

Los obuses franceses pasaban, rasando el parapeto, camino de las líneas alemanas. Se veía levantarse en éstas una enorme polvareda, como removida con azadas gigantescas, y nuevos proyectiles iban sin descanso a hundirse en ellas.

Delante de la trinchera, a algunos metros, voló una mina subterránea. En el enorme estruendo de la lucha, apenas si fué oída la detonación. Una humareda densa, amarilla y dorada subió lentamente al cielo. más espesa que la producida por los estallidos de los obuses.

—¡Seguidme! —gritó Vaissette.

Se lanzó hacia el embudo abierto por la explosión. Escaló la trinchera, dió algunos pasos por el terreno y descendió en el hoyo abierto.

Algunos soldados le siguieron. avanzando hasta el extremo del circo más cercano al enemigo. Unos infantes prusianos se acercaban gateando y saltando de un hoyo de obús a otro. Trabóse una lucha casi cuerpo a cuerpo. Vaissette y tres soldados lanzaban granadas sobre los asaltantes. A su lado, Batisti disparaba su fusil, y cada tiro era mortal. A retaguardia se distinguían los fuegos por descargas de Fabre, que sostenía a su subteniente y mandaba construir a

toda prisa una galería estrecha y profunda que llegase hasta el circo. La locura comenzaba a hacer presa en estos seres.

—Las diez.... Aún faltan dos horas para el asalto —pensó Luciano.

Los obuses franceses rasaban cada vez más nuestra línea. Su efecto debia de ser espantoso sobre el enemigo. Caían tantos de ellos a algunos metros delante de la trinchera, que ya no estallaban en la tierra, sino sobre una alfombra de trozos de cobre y acero. La melinita proyectaba haces enormes de tierra. La línea alemana se había convertido en un gran cráter de volcán. El suelo, removido a cada explosión, parecía estar hirviendo.

Vaissette seguía sosteniéndose en su embudo. Las balas caian allí roncando como peonzas; caían también petardos y torpedos. Estos últimos, al estallar, desgarraban el aire con un rumor de seda tan agrio, que dominaba el formidable tumulto. Había ya en torno al oficial muchos cadáveres. Batisti y los cazadores que quedaban se habían quitado la guerrera, la mochila y el fusil. Estaban en mangas de camisa, con las cartucheras obscuras llenas de granadas. Las lanzaban a mano sobre los prusianos tumbados delante de ellos; que se obstinaban en no retroceder y en morir. Dos alemanes habían penetrado en el circo. Yacían degollados, con el cuello chorreando sangre, y mostraban además el vientre abierto por una granada y las tripas al aire.

La galería que Fabre había mandado abrir bajo la metralla quedó al fin terminada, y los cazadores ocuparon el embudo. Pero los alemanes no lo atacaban ya, faltos de combatientes.

El capitán de Queré, que mandaba las dos compañías, vino a enterarse de la situación. Eran las once. Hacía falta estar listos. Fabre tenía las facciones crispadas y contraídas. En cuanto a Vaissette, estaba completamente negro, negro de pólvora, de la cabeza hasta los pies. Unas rayas de sudor trazaban en su cara arrugas blancas. En la guerrera y en el rostro le habian caido goterones de sangre. Estaba aturdido todavía por el esfuerzo físico que había realizado y por el bombardeo. Hablaba con Fabre y de Queré dando gritos para que le oyesen, pero sin reconocer a sus compañeros.

Alrededor del embudo corría Angielli gesticulando, roto el uniforme, salpicado de sangre... Saltaba a zancadas por encima de los muertos y los heridos, que no le detenían en su carrera interminable. Reía con una risa loca. Había perdido el juicio.

Vaissette volvió en sí. El alud de la metralla gruñía, conmoviendo el cielo y tierra. Pero el momento del ataque se aproximaba. Cada cual lo sentía, experimentando un horror sagrado. El oído se había acostumbrado hasta tal punto al fragor de las detonaciones, que ya podía oirse lo que hablaban.

—Son las once y treinta. Tengo la hora del comandante. Pongan sus relojes con el mío, A mediodía, sin nueva orden, el ataque.

Ténía una calma soberana.

Estrechó la mano de Vaissette y de Fabre. Sonreía. Luego les dijo:

—Amigos míos, ¡viva Francia!

Con estas palabras les volvió la espalda. Su escuálida figura se perdió en la galería.

Los cazadores no podían ya estarse quietos. Una agitación febril sustituía a su conformidad estoica del principio, como si se hubiese apoderado de ellos un demonio. Miraban por encima del parapeto el terreno que habían de atacar, y en el que nuestros obuses seguían levantando columnas de tierra y humo.

—¡Qué pequeño es —pensó Luciano —el trecho que hay que franquear!

—¿Quién de nosotros dos llegará el primero?— le gritó Vaissette.

Apostaron una botella de champagne, como si se hubiese tratado de un ejercicio gimnátsico.

Sólo quedaban veinte minutos. ..... Veinte minutos aún para ver el sol, que desgarraba las nubes, para moverse, para oir la vida y las explosiones. Los camilleros llegaron a la galería de comunicación, y al verlos, los soldados temblaron. Instintivamente, sin recibir ninguna orden, calaron bayonetas, quedando más tranquilos después de esto. Se sentía que por encima de todos había pasado un gran soplo.

—¡La hora!.... Luciano estrechó la mano de Vaissette. Se atrevieron a mirarse. No se cruzan dos veces en la vida miradas como ésta. El teniente dejó a su amigo para colocarse al frente de la primera sección.

Los cazadores estaban correctamente alineados en la trinchera.

—¡Qué buenos mozos!—murmuró el oficial.

No había mas que subir el peldaño de la trinchera y estarían en el glacis. . El furor de nuestra artillería rayaba en locura.

El aire temblaba. La atmósfera parecía estallar.

Los cañones alemanes mugían. Las ametralladoras enviaban una capa de balas rasando el suelo. ¿Cómo podrían salir? No era ya un zumbar de insectos, sino el silbar de millares y millares de reptiles.

El teniente Fabre tuvo la audacia de subirse al escalón de partida..... Tenía todo el pecho fuera de la trinchera. Quedó inmóvil, estupefacto de admiración. Vio al capitán de Queré, que, en pie sobre el glacis, completamente descubierto de cabeza a pies, inmóvil y apoyado en su bastón, hacía correr con su ejemplo un gran calofrío por el corazón de sus hombres.

Era ya mediodía.

—¡Al asalto!.... —gritó Luciano—. Hay que hacerse matar..... ¡Adelante!

. . . .

Vaissette abrió los ojos. Estaba tendido en tierra. Vio al cielo. Nunca le había parecido tan sereno.

Quiso moverse. No pudo. Estaba clavado en la tierra. No oía ya ningún ruido. La batalla se había apaciguado. Dos camilleros pasaron junto a él| Vieron sus ojos que vivían.

—¡Ah, mi teniente!— dijo uno de ellos—. Aquí estamos....

El no pudo responder. El cazador continuó:

—No dé tiempo a enfriarse. Vamos a colocarle en la camilla.

Se inclinaron sobre él.

Vaissette pudo preguntar con voz dulce:

—¿Hemos tomado la trinchera?

—Toda su línea ha saltado. Ahora les persiguen.

Vaissette sonrió.

Luego preguntó aún:

—¿Y el teniente Fabre?

El camillero confesó virilmente:

—Muerto.

—¡Ah! —exclamo Vaissette, sin dejar de sonreir.

Aceptaba todos los duelos.

Aún pudo preguntar:

—¿Y el capitán......

Tuvo que detenerse. La sangre afluía bruscamente del pecho destrozado a su garganta. Terminó la frase:

—......de Queré?

El camillero repitió:

—Muerto.

—¡Ah!— tornó a decir dulcemente Vaissette.

Los hombres se agachaban, para levantarle.

—Dejadme... —dijo en voz muy baja.

Y sin dejar de sonreir, repitió:

—¡Muertos!.....

Y añadió:

—Yo también.....

Su mirada se iba apagando. Gimió agónicamente al mismo tiempo que un último temblor estremecía todo su cuerpo. Pudo abrir de nuevo los ojos. Hizo un esfuerzo. Luego murmuró cerrándolos para siempre:

—¡Pero Francia continúa!...

FIN.

(Viene de la página 16.)

el 10 por ciento de sus provechos. El Congreso Boliviano, comprendiendo que la coparticipación en las ganancias sería nueva fuente de complicaciones y abusos, substituyó el 10 por ciento de los provechos con un derecho de diez centavos sobre cada quintal de salitre que se exportara

A pesar de que se trataba de un convenio entre el Gobierno Boliviano y la Compañía y de que esta no se había opuesto a la modificación hecha por el Congreso, el Gobierno Chileno protestó de lo resuelto por este en una nota muy destemplada, su fecha 2 de julio de 1878, acogiéndose a la cláusula IV del tratado de límites de 1874 que prohibía aumentar las contribuciones sobre las personas, industrias y capitales de Chile; y subsecuentemente el mismo Gobierno de Chile amenazó al de Bolivia con romper el tratado de 1874, no por ciento para devolver a Bolivia todo lo que por este tratado y el de 1866 había concedido gratuimucho más, es decir, para excluirla de todo dominio en el desierto de Atacama, como si originariamente el desierto hubiera sido de Chile y no de Bolivia, olvidando además la cláusula de arbitraje, aplicable al caso, que el mismo tratado contiene. y usando la forma y amenazas más vejatorias para cerrar la puerta a todo avenimiento pacífico. En situación tan grave y en ausencia de todo medio de defensa, Bolivia convino en derogar la ley del impuesto de diez centavos con tal de que el Gobierno Chileno retirara la insultante y amenazadora nota, condición que Chile rehusó. Entonces la compañía declaró que no aceptaba



He aquí los últimos prisioneros alemanes que llegaron a Marne, después de las sangrientas batallas del 1º al 11 de noviembre de 1918.

la substitución del 10 por ciento de los provechos con el derecho de exportación, y el Gobierno Boliviano declaró sin efecto el convenio, lo cual parecía salvar toda dificultad por el momento y retrotraer las cosas al estado anterior al convenio mismo. Pero el Gobierno Chileno, sin tomar esto en cuenta, presentó al Boliviano un ultimatum de 48 horas, al cabo de las cuales tomó posesión militar de toda la costa boliviana, y dejó a Bolivia en la condición de país mediterráneo que tiene hasta hoy.

De este modo avanzó Chile cinco grados geográficos sobre su límite septentrional, y llegó a la meta de que su nuevo límite fuera común con el Perú, precisamente en el departamento peruano de Tarapacá, donde se encuentran los más grandes y preciados depósitos de salitre y guano.

La amarga experiencia de las usurpaciones del territorio boliviano desde que se descubrieron las existencias de guano y salitre que contenía, habían hecho pensar al Perú y a Bolivia en una alianza defensiva, puramente defensiva, que fue normalmente convenida en el tratado de 1873. Este tratado debió ser también suscrito por la República Argentina, vic-

tima en aquella época, lo mismo que el Perú y Bolivia, de las agresiones de Chile; pero inconvenientes de escaso valor y menos eficacia de la necesaria en la gestión diplomática del caso, fueron causa de que el tratado no llegara a ser aprobado sino en una de las cámaras argentinas y quedara indefinidamente esperando la aprobación de la otra, hasta el año de 1878, en que Chile hizo una demostración naval contra la Argentina, para en seguida arreglar sus cuestiones con ella y volver, ya perfectamente preparado, contra sus vecinos del Norte. Este tratado discutido en las cámaras legislativas de tres repúblicas, era perfectamente conocido por la astuta diplomacia chilena, y ya en 1876, D. Carlos Walker Martinez se había referido a él en un libro que publicó (Maurtua—La Question del Pacífico, pag 44.) Además, el Gobierno del Perú había declarado de antemano, en 19 de noviembre de 1872, que prestaría su apoyo para rechazar cualquiera pretensión que considerase injusta o peligrosa para la independencia de Bolivia. El tratado, suscrito únicamente por Bolivia y el Perú, era a pesar de todo, oficialmente considerado como secreto, en observancia de perniciosos convencionalismos de la diplomacia latino-americana; y de aquí sacó Chile fundamento para envolver al Perú en su cuestión con Bolivia y declararle con toda precipitación la guerra, según se verá en seguida. Bolivia, ante la súbita agresión de Chile, pidió auxilio al Perú acogiéndose al pacto de alianza, y el Perú, que no deseaba mezclarse en el conflicto para el cual no estaba preparado, mandó a Chile una misión especial con el objeto de mediar en la disputa y evitar la guerra. Mas, el comisionado peruano fue recibido malamente y su alojamiento apedreado en Valparaíso; y cuando sobreponiéndose a tan extraordinaria situación llegó a Santiago y tuvo su primera conferencia oficial, no le quedó duda de que la guerra contra el Perú era cosa resuelta de antemano. Las propuestas de mediación fueron rechazadas, se increpó al comisionado la ocultación del tratado de alianza y se le exigió una declaración perentoria de neutralidad, en defecto de la cual hizo Chile la declaratoria de guerra el 5 de abril de 1879. Desde entonces la guerra prácticamente dejó de ser con Bolivia, pues

Chile la concretó exclusivamente al Perú.

A pesar de una resistencia tenaz y hábilmente conducida por la diminuta escuadra peruana, Chile quedó prácticamente dueño del mar al cabo de una campaña de seis mess, y dejó así aislado el pequeño ejército peruano del departamento de Tarapacá, que aunque obtuvo una notable victoria en el pueblecito de este nombre, tuvo que dejar en poder de Chile la codiciada presa del salitre y el guano peruanos, con todo lo demás que el departamento comprende. Una segunda campaña terrestre, terminada en la batalla de Tacna, a la que concurrieron fuerzas bolivianas, y el asalto de Arica, dieron a Chile la posesión de las dos provincias de estos nombres, hoy tan sonados; y no parecía sino que la guerra había llegado a su fin, pues no se veía el objeto de que Chile avanzara más al Norte ni la posibilidad de que el Perú lo desalojara por la fuerza de las posesiones conquistadas. Pero Balmaceda, notable hombre de Estado chileno y más tarde Presidente de esa república, había dicho, que en la costa suramericana del Pacífico no había sino dos centros de acción y progreso —Lima y Callao, y Santiago y Valparaíso— y que era necesario que uno de stos dos centros cayera para que el otro se levantara. Por nuestra parte, agregó el brutal y cínico estadista, nosotros necesitamos Tarapacá como una fuente de riqueza y Arica como nuestro más avanzado punto en la costa. Por esto es que el pueblo de Chile reclama Arica y Tarapacá. Y estas palabras araigaron en los estadistas, en la prensa y en la población chilena como semilla en campo feraz y bien preparado.

La invasión fué pues llevada hasta la capital del Perú, en cuya vecindad se libraron dos sangrientas batallas, y se incendiaron y saquearon por el ejército chileno, las magníficas poblaciones que estaban en su camino, habiéndose librado de sufrir la misma suerte Lima y Callao sólo por la decidida intervención de las escuadras europeas reunidas en este último puerto. Después las hostilidades se extendieron a todo el interior del territorio, y revistieron en todas partes, el más cruel e innecesario carácter de ferocidad y salvajismo, a tal punto que los horrores de la empresa acometida en Europa por el poder militar de Alemania, palidecen ante las atrocidades de los ejércitos chilenos dirigidos por los hombres públicos de Chile y aplaudidos y excitados por su prensa.

El Ministro de Estados Unidos en Lima, refiriéndose a estas atrocidades de los soldados chilenos después de tomar las ciudades de Tacna y Arica, decía a su Gobierno: "La soldadezca chilena mató la moyor parte de los heridos encontrados en el campo de batalla y todos los oficiales que se encontraban muertos fueron desnudados, robados y dejados en cueros.'"

Mr. Nugent, Agente Consular de los Estados Unidos en Arica, dice: 'Debo decir que la conducta de los chilenos tanto en Taccna como en Arica, es la más desgraciada. En Tacna la mayor parte de las casas ha sido robada y muchas de ellas destruidas Asesinatos se cometen todos los días. En Arica asesinaron a los indefensos y heridos. La mayor parte de la ciudad ha sido quemada y saqueada."

El Agente Consular Francés en su informe dice: "Después que Arica fué tomada y toda resistencia había cesado, la tropa chilena, ostensiblemente bajo el comando de sus oficiales, vino a la casa donde nuestro Agente Consular tenía su oficina, y tomó, en masa, 59 hombres que estaban allí, los llevó a la plaza pública y allí deliberadamente los fusiló a todos.'"

Antes de la invasión de Lima y mientras ella se preparaba. el Gobierno Chileno dispuso una excursión de su escuadra con ligeras fuerzas de desembarco, por todos los florecientes valles de la indefensa costa peruana, excursión que ha sido descrita por un estadista e historiador chileno con estas palabras:

"Los chilenos enviaron una expedición para llevar una tea de incendiarismo, de destrucción, de desolación, y de provocación a implacable guerra y rencor eterno, a lo largo de la costa del Perú Esta cruzada de violencia y destrucción es la que se conoce como la expedición Lynch. Su objeto fue desolar los ricos valles y factorias del Norte del Perú. Es imposible concebir una empresa más irracional, aun no tomando en cuenta el barbarismo. Aunque destinada contra el Perú en apariencia, fue en realidad injuriosa para nosotros mismos. Estábamos viendo de nuevo entre nosotros los días de los piratas, cuando el mundo entero por común consentimiento ha convenido en ponerles fin. Los hechos han establecido la verdad de esto, y la amplia justificación de la protesta que el autor de esta historia hizo en su carácter de Senador contra tales empresas. Un gran daño que ellas causan es el empleo de nuestros soldados en obras que no mejoran su moralidad ni nuestra civilización. Otro es, que tales hazañas nos enajenarán inevitablemente las simpatías de los países extranjeros cuando lleguen a ser conocidas."..... "Estos valles en el Norte del Perú producían más de 80,000 toneladas de azúcar en 1879. La expedición Lynch destruyó esta industria en septiembre 5 y noviembre 10 de 1880. Después que la obra de destrucción fue completada en Payta, las mismas odiosas escenas de destrucción fueron repetidas en muchos otros puntos en los valles de la costa y en los puertos."

Volvamos ahora a la campaña sobre Lima y dejemos que gentes de intachable autoridad cuenten la inverosimil historia de los horripilantes sucesos que precedieron y siguieron a la caída de la capital del Perú.

Sir Clements, R. Markham en su libro —**The war between Perú and Chile**— dice: "Los chilenos no daban cuartel. Bayoneteaban no sólo a todos los heridos sino a los indefensos civiles (paisanos) en Chorrillos, incluyendo al respetado viejo médico inglés Dr. MacLean, a quien asesinaron infamemente. La ciudad fue quemada entre repugnantes escenas de carnicería y rapiña. Miraflores fue entregada a las llamas y todas las casas de campo en su salrededores fueron saqueadas y quemadas."

"Durante la ocupación de Lima, los chilenos tomaron la Universidad para cuartel, destruyendo y botando los archivos. La biblioteca pública que contenía 50,000 volúmenes impresos y 8,000 manuscritos de inapreciable valor, fue convertida en otro cuartel y los libros vendidos como papel inútil o arrojados a la calle. Los cuadros de pintura y todo lo que tenía valor en el edificio de la Exposición, el laboratorio y útiles de la Escuela de Medicina, todos los modelos e instrumentos de enseñanza en las Escuelas de Artes, Ciencias y Comercio, y los monumentos públicos, fueron destruídos o transportados. Las bancas en los cuartos de lectura fueron cortadas a pedazos para hacer cajas de embalaje para el botín."

Aparte de la destrucción material del Perú, Chile emprendió su destrucción moral y política, promoviendo luego que entró en posesión de Lima, la anarquía, con el desconocimiento del Gobierno constituído de Piérola y la sustitución de él con el de García Calderón formado con el acuerdo del Gobierno Chileno y suprimido después por éste sin motivo alguno, para reemplazarlo, lo mismo que al poder judicial, con funcionarios chilenos, medidas que tenían por objeto inmediato obligar al Perú a firmar la cesión de Tarapacá, Tacna y Arica, a la vez que imposibilitarlo para ponerse en pie de defensa contra nuevos ataques de Chile, y cuyo fin menos próximo era la ocupación permanente de todo el territorio peruano si el curso de los sucesos autorizaba tan fenomenal empresa.

A este propósito el Ministro Chileno Vergara, decía, el 6 de agosto, en la Cámara de Diputados de Chile: "Celebrar la paz en la actualidad significaría dejar al Perú libre para recuperar en un tiempo más o menos corto su fuerza; por consiguiente la política del Gobierno es la más sabia: —prolongar la ocupación indefinidamente hasta que el Pe-



Nuestros lectores pueden ver en el grabado uno de los actos más heróicos de los soldados británicos. Con verdadero valor se consagraron a la peligrosa tarea de apagar los incendios que fueron prendidos por las teas alemanas.

rú sea reducido a un estado de completa e irreparable decadencia." Y el diputado Errazuriz en agosto 9: "Deberíamos establecer más ventajas posibles, debilitarlo hasta el último extremo, y hasta que obtengamos todo lo que apetecemos....."

"La casa de moneda está todavía en pie, intacta en Lima; el ferrocarril de Mollendo a Arequipa no ha sido destruído. Es preciso destruir al Perú sin tardanza; sacad los rieles de modo que puedan ponerse en Pozo Almonte y Agua Santa, o entre Parral y Cauquenes...." "Si abandonamos Lima perderemos las entradas de la aduana del Callao y de otros puertos al Norte, las contribuciones de guerra, el guano de los depósitos, de Lobos y Chincha y reviviremos la alianza que esta ya muerta. Ni García Calderón ni Piérola ni Montero ni ningún otro firmará el tratado de paz que deseamos".

"De otro lado, la guerra ha dado impulso a nuevas industrias para nuestros conciudadanos que se ahogan en este pequeño territorio. Ya la ocupación paga, y deja deliciosos sobrantes La ruina que la crisis ha traido (la crisis económica en Chile que precedió a la guerra y la determinó) y debíamos ahora sacar ventaja del Perú y del botín consiguiente a la victoria Las aduanas peruanas son inagotables fuentes de riqueza, ellas representan cinco o seis millones de dólares para nuestro país..." "No debemos apelar a tribunales peruanos para administrar justicia. debemos administrarla nosotros mismos"

Las comunicaciones del General Hurlbut, enviado especial del Gobierno Americano, al Secretario de Estado Blaine, prueban que las ideas y propósitos de Vergara y Errasuriz eran las del gobierno y el pueblo de Chile, y se realizaron hasta donde fué posible. No pueden tener cabida aquí esas comunicaciones ni otras muchas de indiscutible autoridad, pero el interés de los siguientes párrafos de una nota de Mr. Hurlbut está sobre toda consideración.

"Hay un muy decidido tono de arrogancia en la prensa de Chile y entre sus funcionarios, entiendo que han sido de un singular éxito en esta guerra, el cual puede fácilmente llegar a ser ofensivo."

"La máscara que el Gobierno Chileno ha llevado para cubrir el verdadero propósito de esta guerra se la ha quitado ahora, y abiertamente se confiesa que no se permitirá la paz, excepto bajo

las condiciones de cesión de territorio."

"Mirando atrás la historia completa de los sucesos anteriores a las hostilidades y posteriores a ellas, no puedo tener duda de que el propósito, fin y designo de esta guerra declarada por Chile contra el Perú y Bolivia, fue en el principio y es ahora la violenta adquisición de los territorios del salitre y del guano tanto de Bolivia como del Perú."

Al fin Chile se convenció de que carecia de medios para dominar desde luego y con carácter de permanencia todo el Perú, y de que tan audaz empresa tenia muchos peligros, y el Perú, privado de todo recurso propio y de toda esperanza en los ajenos, comprendió también que debía recobrar su libertad a cualquier precio. Este concurso condujo a la formación de un gobierno Peruano al que Chile no negó su reconocimiento como a los que le precedieron, y con el cual celebró el tratado de Ancón, que lleva fecha de octubre de 1883.

Por ese tratado, aparte de otras ventajas, quedó Chile en posesión definitiva del Departamento Peruano de Tarapacá con sus inmensas riquezas de guano y salitre, y en posesión temporal de las provincias de Tacna y Arica, cuya suerte definitiva debería fijarse al cabo de diez años, por un plebiscito, y bajo la condición de que aquel de los dos Estados al que perteneciesen definitivamente había de pagar al otro diez millones de soles (moneda peruana). Un protocolo especial, que se consideraría parte integrante del tratado de paz, habria de prescribir la forma en que el plebiscito se llevaría a cabo, y los términos y la época del pago de los diez millones de soles.

Cálculos fundados en datos que no pueden apartarse sensiblemente de la verdad, prueban que la riqueza encerrada en el departamento de Tarapacá, cuando fue arrebatado al Perú, no bajaba de $2.135.000,000 que con 75,000,000 minimun derivados de otras fuentes y con los 650,000,000 en que se aprecia lo arrebatado a Bolivia solamente en esa ocasión, hacen un total de $3,000.000.000: siendo así que to-

do lo que Chile gastó en la guerr aapenas puede llegar a treinta millones de pesos chilenos (moneda de plata), y su presupuesto fiscal no pasaba, cuando declaró la guerra, de doce millones de la misma moneda.

Parece que esa inmensa fortuna y el territorio mayor todavía en que está depositada, con sus mares y sus puertos, bastaban para dejar satisfechos los más fantásticos sueños de engrandecimiento. Pero Tarapacá que principia en el desierto por el Sur, termina también en el desierto por el Norte, y queda así separado del resto del Perú por modo indeleble. Esta circunstancia se prestaba poco a nuevas complicaciones con el Perú, y para eludirla necesitaba Chile salvar una vez más el despoblado y plantarse en las inmediatas provincias de Tacna y Arica, y a mayor abundamiento, incluir en el tratado la clausula de los diez años de posesión con el plebiscito y los diez millones de rescate; todo lo cual recuerda desde luego el primer tratado de límites con Bolivia, que costó a este país la pérdida de todo su desierto y toda su costa y lo dejó encerrado entre sus montañas. El recuerdo resulta muy motivado.

Cuando Chile desocupó el territorio peruano en cumplimiento del tratado de Ancón, retuvo, además de Tacna y Arica, la provincia de Tarata al Norte de Tacna, y desatendió la reclamación que inmediatamente formuló el Gobierno Peruano, sin otra razón que la de que Chile entiende que el río Sama que menciona la cláusula tercera del tratado, es el río Chapaya que está más al Norte e incluye la provincia Tarata, la cual está hasta ahora bajo el dominio de Chile.

Entre tanto corrieron los diez años para el plebiscito sin que se hubiese celebrado el protocolo adicional que debe reglamentarlo; y cuando a instancias del Gobierno Peruano se abrió la respectiva negociación, surgió en el acto la discordia, porque Chile necesita imponer condiciones que le aseguren el triunfo en la votación, ya que no quiere ser privado de él en ningún caso ni ha podido doblegar en cuarenta años de martirio el celo patriótico de las provincias cautivas, a pesar de las crisis que el Gobierno Chileno promueve cuando desespera de la sola acción del tiempo y de los recursos lícitos produzcan la chilenización de esas provincias, o cuando prevee algo que pueda apartar la mano de hierro que pesa sobre ellas.

La terminación de la guerra europea ha producido ahora la más grave de tales crisis. El triunfo, inesperado para Chile, de los Aliados contra el imperio de la fuerza y la conquista, y loado por Chile, repercutió instantáneamente sobre Tacna y Arica, donde la presión de la fuerza se quiso llevar a los últimos límites, para llegar a una solución definitiva antes de que la justicia internaional sea un hecho en el mundo. Pero ya tarde, y todos los esfuerzos de la diplomacia y la prensa chilenas para atribuir al Perú la culpa de los crímenes cometidos recientemente contra los peruanos y sus cónsules en las poblaciones sugetas a la ocupación provisional, se estrellaron contra la incredulidad y la ironía de este gran país y de los hombres justos que hoy tienen afortunadamente en sus manos los destinos de todos los paises de la tierra y especialmente de los de América; con lo cual resulta al fin comprobado este aforismo de Lincoln que estaba desacreditado por Chile: "You may fool some of the people all of the time,



Nuestra fotografía representa la tumba de San Quintín. Las columnas se hallaban minadas.

you may fool the people some of the time, but you can't fool all of the people all of the time." (Se puede engañar a alguna gente todo el tiempo, se puede engañar a toda la gente algún tiempo, pero no se puede engañar a toda la gente todo el tiempo).

Por la primera vez la palabra del vencedor Chile no ha merecido fé, y aunque el Gobierno Chileno sigue subrepticiamente maltratando y expulsando a los tacneños y ariqueños de la tierra en que nacieron, los horrores de la nueva guerra que estaba a punto de declarar contra el indefenso Perú no han llegado a producirse y la cuestión sobre las provincias cautivas permanece y permanecerá en statu quo, hasta que sea resuelta en justicia.

Tal es en los menores términos posibles la célebre causa de Tacna y Arica. Pero sería ciego el que creyera que la resolución de esta causa es el término de las diferencias entre Chile y el Perú. Tacna y Arica no son sino un episodio del largo y terible drama de codicia, de envidia, de intriga y de odio a muerte, desarollado en el Pacífico desde la independencia de ambas repúblicas, y quizá si desde tres siglos antes cuando "los de Chile" asaltaron y dieron muerte a D. Francisco Pizarro en su palacio de Lima.

Toda la política internacional de Chile en todas las épocas de su existencia, aun en aquellas en que por algún interés superior el Perú ha sido su aliado, ha estado dirigida a promover la anarquía en este país, a suscitar contra él los celos y los mal entendidos intereses de sus vecinos, a romper los vínculos que se establecieron alguna vez entre uno de estos y aquel, y a desvirtuar o arrebatarle, no importa por qué métodos, todos los medios de progresar y defenderse.

Lo extraño es que ni los mismos hombres públicos del Perú ni los de otras repúblicas destinadas en sentir de Chile a la misma suerte, se hayan premunido contra los peligros de la política chilena, y no perciban que Chile es el enemigo común, el adversario jurado de toda institución de confraternidad americana, como el arbitraje, los congresos panamericanos y otras, a que se resigna cuando no puede hacer otra cosa, sin perjuicio de contrariarlas y desacreditarlas en cuanto le es posible. Porque el ideal de Chile, por ahora, es conquistar todos los países tropicales del Oeste de Sud-América, y son muy inocentes aquellos que piensan que si Chile consiquiera aniquilar al Perú y llegar a la vecindad de ellos, seguirán contando con su

amistad y aun tendrán una parte de los despojos peruanos. Parece que en esos países hubiera desaparecido el sentimiento de la propia conservación.

Más extraño es todavía que en el mismo Perú se hubiera formado un pequeño círculo favorable al insensato proyecto de llegar a la solución de todas las dificultades con Chile, celebrando un tratado de comercio, que el mismo Chile ha sugerido por medio de algunos de sus más avisados hombres públicos, con el objeto de abrir la puerta a nuevas complicaciones, y dejar así expedito otro camino para nuevas expoliaciones o para otra guerra. Todo, como si Chile hubiera tenido un poder superior de hipnotismo, ha estado conjurado en América contra el Perú desde el año 79, sin exceptuar el Perú mismo.

Hasta eso que se llama la suerte y no es sino la manifestación de causas existentes y ocultas o desconocidas, estuvo contra el Perú de la manera más constante y decidida en los momentos más terribles de la lucha con Chile.

La República Argentina, cuyas cuestiones de límites con Chile la hicieron durante muchos años el aliado natural del Perú, llegó a celebrar su arreglo pacífico cuando las naves de Chile iban camino del estrecho de Magallanes a encontrarse con las suyas, de manera que esas naves volvieron a Perú y Bolivia bien preparadas para el combate y libres de toda preocupación por el Sur.

El bueno y noble Presidente Garfield, que de cuerdo con el eminente Blaine, su Secretario de Estado, había resuelto impedir la desintegración del Perú, murió bajo el puñal de un asesino cuando su propósito estaba en vía de realizarse; Mr. Hurlbut, enviado especial del Presidente Garfield en Lima y celoso ejecutor de las instrucciones contra la conquista de territorio peruano; murió repentinamente en los intantes en que su acción era más indispensable, así como Mr. Malpatrick, su colega en Santiago de Chile; el Vice-presidente Arthur, que completó el período de Garfield, resultó al fin contrario a la política de éste; Blaine, que parecia seguro de la elección para el siguiente período y hubiera vuelto a la política de Garfield en tiempo oportuno, salió derrotado con asombro general, y su vencedor se manifestó tan poco opuesto a la conquista, a pesar de ser el demócrata Cleveland, como su antecesor Mr. Arthur. Y más tarde, cuando ya no se trataba de evitar la conquista de Tarapacá, sino de resolver la cuestión de Tacna y Arica, el Presidente MacKinley, que había promovido la reunión de un congreso panamericano, entre otras cosas, para resolver por arbitraje todas las cuestiones entre los paises de América, muere también asesinado, y le sucede el Vice-presidente Roosevelt que nunca fue partidario del arbitraje. Hechos todos que en definitiva favorecieron a Chile e impidieron la acción de las potencias europeas en favor del Perú.

Pero todo tiene su ritmo, y ahora parece que la oscilación entre la conquista y la justicia emprende su curso decididamente del lado de la última. Sea la cuestión del Perú y de Bolivia con Chile la primera que entre en el nuevo ciclo, para honor de la América y ejemplo del mundo.





LA LIGA DE NACIONES CONSIDERADA POR UN SENADOR AMERICANO

y el caso de Korea en la conferencia de Versalles

El senador James W. Wadsworth, de Nueva York, que acaba de regresar de una gira por Francia e Inglatetrra, sacó en conclusión de todo lo que vio y pudo apreciar, que URGE TOMAR EN CUENTA Y RESOLVER CIERTAS CUESTIONES QUE SE LE PRESENTA A LA CONFERENCIA DE PAZ. ANTES DE QUE SE FORME LA LIGA DE NACIONES.

"Fuí a Europa —dice el Senador— sin inclinar mi espíritu hacia cosa alguna que en mi concepto merecía prioridad; pero lo que allá vi y oí, y los acontecimientos que ocurrieron desde mi partida, me han impresionado el ánimo en el sentido de que apenas es posible exagerar la importancia de arreglar primero las cuestiones prácticas. Fuera de la atmósfera de Europa no comprendemos cuan imperiosas son esas cuestiones, o que peligro de despertar enojos o herir susceptibilidades, o de otras cosas peores, se corre al posponer la resolución de dichos asuntos.

"Podríamos decir que toda Europa se agrupa en una expectación que no tiene paralelo en la historia. Para sólo mencionar una cuestión de importancia fundamental, diremos que nosotros no sabíamos desde cuando se hallaban en condiciones inciertas las fronteras de muchos Estados formados o por formar.

"Imaginaos que sería eso en nuestro país, y luego multiplicad ese resultado doce veces, y tendréis el cuadro de la vaguedad que ahora priva en Europa.

"¿Cuáles son las cuestiones que se consideran como principales y prácticas? Las relativas a las indemnizaciones que Alemania y Austria pueden pagar: —que se hará con la flota alemana:— que se hará con las colonias alemanas:— la determinación de las líneas divisorias de los nuevos Estados:—la forma de gobierno que se ha de reconocer a las naciones recién establecidas, a los pueblos oprimidos que han ganado su libertad en esta guerra; por ejemplo, los polacos, los checoeslóvacos y los yugoeslavos.

"Pensad un momento siquiera en la tensión que prevalece en esas nuevas entidades que tienen que luchar contra el hambre y contra las corrientes internas de bolshevismo que amenaza a las autoridades interinas que tratan de mantener el control, tensión que subsistirá hasta el día en que la Conferencia de Paz les ponga el sello de estabilidad a sus actos. La demora en estas cosas es de mucho peligro, porque puede producir graves consecuencias.

"Hay otra fase de igual importancia en la cuestión. Todos sabemos que hay varias pretensiones territoriales en conflicto, entre los países que se pusieron al lado de los aliados.

"Durante la guerra todo fue unidad; durante los días que siguieron al armisticio, la unidad todavía se sostuvo; es decir, el temperamento de los pueblos interesados se encontraba en las mejores condiciones, el instante era propicio para llegar a un arreglo rápido y completo de las pretensiones contrapuestas.

"Pero a medida que se pospuso el acuerdo, cada pensamiento nacional se concentró sobre los intereses de su país, y entonces fué probablemente cuando se presentó el espíritu de fricción.

"La cuestión vital en el arreglo de fronteras parece que se aprecia en toda su extensión, cuando nos ponemos a considerar todo el territorio a partir del Báltico, donde empiezan las reclamaciones, de los polacos, seguidas de las de los checoeslóvacos, pasando por los Balkanes hasta llegar al Asia Menor, atravesando Siria hasta Mesopotamia.

"Antes de entrar en la formación de una Liga de Naciones sería preciso determinar el estado y los límites de los nuevos países creados por la victoria de la Entente. Hecho esto y arreglados los términos de paz, creo que sería oportuno tomar en consideración el establecimiento de una Liga de Naciones, a la cual se invitara a los neutrales.

"Los neutrales no pueden tomar parte en la Conferencia de Paz, y en tal virtud si la Liga de Naciones se forma primero, no

estarán ellos presentes para manifestar sus ideas.

"El flagelo de la guerra jamás ha azotado al mundo de manera tan completa como ahora, y al formar una Liga de Naciones todo conflicto quedaría eliminado, o se reducirían por lo menos las probabilidades de lucha, que resultaría ser el mejor beneficio para todos los pueblos.

"Sobre esos pueblos recaerá la carga de la más terrible de las guerras, porque habrá impuestos que pagar durante los años venideros, y por tanto prevalecerá el deseo de evitar futuras guerras mucho después de que se arreglen las cuestiones imperiosas de los términos de paz.

"La Liga de Naciones es uno de los temas propuestos para el debate; ya se comprende que hay muchos proyectos (cuarenta, según informan de París), y habrá una larga discusión; mejor dijera, casi interminable, si primero se toma en cuenta este problema. Si se difieren las cuestiones prácticas sobre las cuales descansa la paz, por un tiempo indefinido, para dedicarse a formar de la mejor manera la Liga de Naciones, aparecerá el caos en la situación de más de media docena de lugares de Europa.

"El asunto nos incumbe en numerosos e importantes puntos, pero sobre todo en uno que es el principal. Nuestros soldados desean regresar. Las muchas cartas que recibe el Congreso enviadas por los padres de familia, son prueba de ello; pero para darse cuenta de lo que significa ese anhelo, es preciso estar entre ellos algún tiempo como yo estuve. Están dispuestos a permanecer —comprenden que es su deber hacerlo— mientras las necesidades militares exijan su presencia; pero no quieren hallarse allí mientras duren los debates de la Liga de Naciones. Por tanto desean ver que se fijen las condiciones de paz y se declare ésta, tan pronto como sea posible. No obstante, si los debates de la Liga de Naciones se efectúan primero, no podrá entonces predecirse cuanto tiempo tendrán que permanecer en Europa, o que se le exigirá hacer caso de que se posponga el arreglo de las cuestiones prácticas. No es mi propósito indicar con esto que los soldados mismos toman parte en la proposición de la Liga de Naciones, sino simplemente mostrar el efecto que tendría en ellos el aplazamiento de la solución de los asuntos indispensables. Los soldados ingleses y franceses se hallan en idénticas circunstancias; quienes quieren salir de las filas del ejército y regresar a sus empleos y trabajos, en cuanto sea posible.

"Respecto a la amenaza del Bolshevismo en Europa, creo que el peligro sólo se limita a los países derrotados. Ciertamente es una amenaza para Alemania. Una de las dificultades con la cual tendrá que tropezar la Conferencia de Paz, será la incertidumbre de las condiciones políticas que prevalezcan en Germania. Tal vez se verían los aliados en la imposibilidad de encontrar gobierno con el cual entrar en arreglos, y en el cual se podría confiar para llevar a la práctica dichos convenios.

"Nadie sabe que es lo que está pasando en Alemania; es decir, hasta que punto el nuevo gobierno refleja el verdadero cambio que se ha operado en el pueblo. En el sentido militar Germania está postrada, e indudablemente permanecerá así durante muchos años. En cuanto a Rusia, encuentró más difícil obtener informes acerca de este país que de los demás; me refiero a datos fidedignos, de los cuales puedan sacarse conclusiones. Parece que todos vacilan respecto a la manera de proceder. En todas las preguntas que hice en el extranjero, no logré aclarar las ideas tocante al problema ruso.

"Al decir que no recelo que haya verdadero peligro de bolshevismo fuera de los países derrotados, baso mi creencia en el hecho de que en tiempos pasados no hemos tenido revoluciones en paises victoriosos, hablando en términos generales.

'Los pueblos que salen triunfantes anhelan obtener los frutos de su victoria, conseguir una mejora de condiciones. Doctrinas tales como las bolshevistas, surgen del desaliento y la desesperación de la derrota. No creo que veamos la irrupción del bolshevismo ni en la Gran Bretaña ni en Francia.

"Inglaterra no quiere nada en el sentido de expansión territorial como consecuencia de la guerra. El Imperio Británico es lo suficientemente grande, y cualquier adición considerable de terreno equivaldría a aumentar la carga.

"Sin embargo me parece que las colonias alemanas del Africa del Sur han de pasar a formar parte del Imperio Británico; no porque existan deseos de ganancias territoriales en Inglaterra, sino porque insistirá en ello la Federación del Africa del Sur. Desde este punto de vista es improbable el regreso de dichas colonias al seno de Alemania. El Africa del Sur jamás volverá a tener a Alemania como vecino.

"De igual manera, Francia no pide ni espera gran expansión en su imperio colonial. La primordial que abriga Francia en su mente, es que las condiciones de paz sean tales que la protejan a ella y al resto del mundo civilizado de otro ataque.

"Frncia no quedará satisfecha hasta que Alemania se rinda impotente para repetir el crimen de 1914. Es la presencia de ese profundo sentimiento que existe en la República Francesa — sentimiento que nosotros en nuestra experiencia nacional no comprendemos — el que hace al país escéptico en materia de proyectos teóricos que tiendan a hacer desaparecer la violencia del mundo, y tendrá que ser persuadida de que todo lo que se propone es práctico.

"Italia desea salvar la porción de la Patria Irredenta, y en ello, no habrá ninguna oposición importante; pero su propósito de controlar el Adriático, extendiendo su territorio en la costa oriental es todavía un tema de discusión, incierto en sus resultados."

El Presidente Wilson recibió en París un telegrama de apelación para que se tomen en consideración las pretensiones de Korea respecto a su autonomía, en el comité que represente a dicho país. En dicha solicitud, un nombre resultó familiar al ex-Presidente de la Universidad de Princeton: el de Syngman Bhee, Ph. D. que recibió su título cuando Mr. Wilson desempeñaba el indicado cargo. El Dr. Rhee es ahora editor del Heraldo Nacional de Honolulú. Los otros infrascritos, eran Chan Ho Min, A. M., B. D. de los Angeles, y Enrique Chung, de la Asociación Nacional Koreana.

En la apelación se exponía el deseo del pueblo de librarse de la dominación del Japón, y de conservar su nacionalidad, a fin de mantener viva el alma de Korea.

Korea, la Ermita de Oriente, pide ahora que la Conferencia de Paz la reconozca, por el derecho que tienen las nacionalidades pequeñas y las sometidas a determinar su nacionalidad, derecho cuya exposición hizo más conspicuos los XIV Puntos del Presidente Wilson.

Durante catorce años ha permanecido dominada por el Japón bajo la fácil frase de "BENEVOLA ASIMILACION", la desventurada Korea —según nos dice E. S. Bisbee, se ha sometido a un yugo que el orgullo de su sangre hace insoportable. Con una población de quince millones de habitantes, que eran sacerdotes, agricultores, o escolares, jamás tuvo ejército.

De las grandes naciones de Oriente, la China ha sido siempre comerciante, enviando sus efectos a los países limítrofes, y lentamente en el trascurso de los siglos manteniendo una propagandan de aficiencia comercial. El Japón ha sido guerrero, especialmente representado por los Samurai, mientras que Korea ha sido una nación de escolares.

El koreano ve, en la dominación japonesa de su pueblo y de sus tierras, una creciente amenaza hacia una soberanía similar

sobre una gran porción de la China. Con una población de sesenta millones de habitantes, que aumenta a razón de ochocientos mil por año, las fronteras naturales están demasiado confinadas por su desarrollo y las necesidades de esta multitud que aumenta rápidamente.

Los japoneses, que constituyen una raza de alta mentalidad natural, pronto se asimiló las ideas occidentales, y sus prohombres vieron en el acto que "Reino Isleño" tenía su porvenir 'en el sol'. Rápidamente se desarrolló sobre el mismo plano en que se desenvolvían los pueblos de Occidente, cambiando sus costumbres muchas de las cuales databan de siglos.

Cuando estalló la guerra ruso-japonesa vino una nueva era para el Japón. Sus habitantes avanzaban más cada año, y era preciso que ensanchara su esfera de acción, o la congestión de población haría insoluble el problema de la vida.

Para el Mikado no era el caso de obtener expansión territorial para satisfacer la necesidad de los habitantes. No había sitio suficiente para albergar a tantos millones de individuos, y urgía que el gobierno cumpliera con una obligación moral. Esa necesidad fue en el fondo la causa de la guerra con Rusia, pues el Japón no podía permanecer inactivo viendo con indiferencia que el poderoso vecino se asimila territorios que constituían la misma vida para el Imperio de Sol Naciente.

Como resultado de esa guerra, el Japón obtuvo la valiosa península koreana, pues Korea para salvarse de la sagresión rusa había entrado en alianza con el Japón para protegerse mutuamente. A su vez el Mikado garantizaba la independencia de Korea y sus derechos territoriales; pero al ganar la guerra, la Península Koreana fue formalmente anexada al Japón, después de establecer al principio un protectorado, fue destronado el Emperador Li que quedó bajo la tutela japonesa.

La dinastia koreana de Li terminó el 29 de agosto de 1910; el Emperador recibía una anualidad de $250.000 para su sostenimiento y el de su familia, siéndole permitido vivir en su antiguo palacio de Seúl.

En Korea el gobierno japonés ha construido magníficos ferrocarriles, y ha abierto espléndidas vías de comunicación. Ha levantado para sus altos dignatarios, gastando muchos millones de yens, soberbias mansiones y casas para los empleados del gobierno; todo lo cual no satisface a los koreanos.

El temor de Korea es el aumento creciente de población del poderoso imperio del Japón, el cual —para evitar aniquilamiento— extenderá sus posesiones territoriales hacia Manchuria y la China. El recelo aumenta al considerar que las vías de comunicación construidas por el Mikado se van extendiendo sobre los países citados.

ECOS Y COMENTARIOS DE LA PRENSA EXTRANJERA

El Plan de Smuts se considera como uno de los mejores. Contiene 21 puntos.

El plan del General Jan Christiaan Smuts, leader del Africa del Sur y, miembro del Gabinete Británico, para llegar a un arreglo internacional, ha sido tomado en consideración por los principales políticos que se reunen en Versalles. Comprende los siguientes puntos:

(1)—La formación de la Liga de Naciones, cosa que recientemente se hizo, ha entrado a constituirla por de pronto la Gran Bretaña, Francia, Italia, los Estados Unidos y el Japón.

(2)—El arreglo de las cuestiones territoriales en acción común, obrando de acuerdo con los principios generalmente admitidos.

(3)—Que no habrá anexiones forzosas, tomándose siempre en cuenta la voluntad de los gobernados.

(4)—Que cualquier clase de acción exterior que se necesite, vendrá exclusivamente de la Liga de Naciones.

(5)—Que la Liga podrá delegar su autoridad o administración a un Estado para que obre en calidad de agente o mandatario, aunque siempre que sea posible dicho agente ha de ser aceptado por el pueblo controlado o gobernado.

(6)—El grado de autoridad que se ha de ejercer, ha de ser

fijado por la Liga de Naciones en acta especial.

(7)—El Estado mandatario podrá usar la fuerza militar para los fines de policía internacional prescritos por la Liga.

(8)—Que ningún Estado que haya pertenecido al cuerpo de antiguos imperios será admitido a la Liga, salvo que acepte los reglamentos en lo concerniente a armamentos y fuerzas militares.

(9)—Que la Liga ha de observar las relaciones entre los nuevos Estados independientes para conciliar las diferencias que entre ellos surjan.

(10)—La Liga tendrá la forma de Conferencia Permanente entre los gobiernos de los Estados constituyentes, sin que los miembros pierdan su independencia. Se compondrá de una conferencia general, de un consejo y de cortes de arbitraje y conciliación.

(11)—El consejo dictará los reglamentos generales y los convenios.

(12)—El Consejo obrará como comité ejecutivo de la Liga, y se compondrá de primeros ministros, secretarios de relaciones exteriores, etc.

(13)—Celebrará juntas anuales de altos oficiales y de miembros del personal, con comités que mantengan a las naciones en comunicación contante.

(14)—Trabajará en cada una de las esferas de acción de los nueve primeros puntos ya expuestos.

(15)—Según el plan de Smuts, quedará abolido el servicio militar obligatorio.

(16)—Se controlará el equipo militar y el armamento.

(17)—Se nacionalizarán todas las fábricas que produzcan pertrechos de guerra.

(18)—Propone que los miembros de la Liga celebren un convenio de no entrar en guerra sin antes someter sus querellas ante la corte de arbitraje o de hacer que el consejo practique una investigación, y jamás antes de haber presentado un informe, ni contra una nación que acepta una recomendación de la Liga.

(19)—La violación del convenio a que se refiere el punto 18 creará un estado de guerra contra el miembro recalcitrante, pudiendo usar boicoteo económico y financiero, y la fuerza naval o militar, fuera de quedar sujeto al desarme perpetuo, &.

(20-21)—Se refieren a la manera de recurrir al arbitraje de parte de los miembros.

Tenemos conocimiento de que esos puntos del plan de Smuts, han sido recibidos con beneplácito en los círculos diplomáticos de Versalles.

La desmovilización

Ahora se presenta el problema de la desmovilización al cual le hemos dedicado algún espacio en otros artículos; el Crítico Simons trata el asunto lo bastante a fondo para que entremos en nuevos detalles. Primero se creyó que sería más difícil entrenarlos que transportarlos, ahora se cree más difícil que todo el desmovilizarlos. Se necesitan tropas para hacer cumplir las condiciones del armisticio y se necesitarán para guardar el orden en las provincias del Rhin, y quién sabe en cuantas otras partes, hasta que se llegue el momento de solucionar en definitiva todos los inconvenientes.

Los puertos de Brest, St. Nazaire y Burdeos, en Francia se hallaban literalmente congestionados de tropas que esperaban buques para embarcarse. Mr. Hurley logró vencer la dificultad, aprovechando los transportes de muchos vapores franceses, italianos, holandeses y suecos. Los buques ingleses, a pesar de ocuparse actualmente en la transportación de tropas canadienses y australianas, ha prestado magníficos servicios a los ejércitos americanos en la cuestión de travesía. Pero donde Hurley encontró mejor oportunidad fue en el gran número de buques de la marina mercante alemana que se hallaban anclados en puertos teutones, con un tonelaje ocioso de 2 millones de unidades. Esos barcos al venir a América traerán soldados, y al regresar a Europa llevarán alimentos.

El Secretario Baker ha anunciado que para dentro de poco habrá un millón de hombres desmovilizados en los campamentos de reclutas de los Estados Unidos. La cuestión de empleos surge como un asunto de vital importancia. Se espera que el Congreso tome medidas benéficas pues de lo contrario, a la inmensa mayoría de soldados de baja les espera la triste situación de la cesantía.

Medidas benéficas

Las medidas ya comenzaron a tomarse: hay un bill relativo a la apropiación de cien millones de dólares para proporcionarles a los soldados y marinos licenciados del servicio, terrenos bien irrigados en los cuales puedan emplear sus energías. El Secretario Lane ha propuesto magníficos planes que el Congreso tomará en consideración en cuanto se lo permitan las múltiples obras que hoy ocupan su aten-

ción por completo. Entre esos planes está el concerniente a la formación de una Soldier Settlement Board (junta encargada del acomodamiento de los soldados de baja.

Gran número de individuos que han recibido con mucho entusiasmo el proyecto de repartición agraria, y ya se han alistado bastantes a fin de cultivar el terreno del E. y del S. de los EE. UU. Los hombres que regresan de Francia, en su mayoría, no desean volver a la vida de fábricas y de oficinas que antes llevaban, por estar acostumbrados a pasar el tiempo al aire libre. Esto ha favorecido el propósito de distribuir las tierras.